

Hugo Estrada

Los Siete Sacramentos



HUGO ESTRADA

Colección
Catequesis

CASARSE EN EL SEÑOR
Viola y Equipo

CATEQUESIS BAPTISMAL
Equipo Pastoral 2a. edición

CONCILIO VATICANO II
Documentos 4a. edición

DEL PECADO A LA RECONCILIACION
Viola y Equipo 2a. edición

LA FIESTA DE LA EUCARISTIA
Viola y Equipo

EL SACRAMENTO DE LA FORTALEZA
Viola y Equipo

PASTORAL DE LOS ENFERMOS
A. Jiménez C.

LOS SIETE SACRAMENTOS
Hugo Estrada

Los Siete Sacramentos

ediciones Paulinas

Presentación

Hoy se está escribiendo bastante sobre sacramentos, para dar a esta vertiente de vida de la Iglesia, los aportes que necesita para que se exprese en toda su riqueza, a partir de las pistas trazadas por el Concilio Vaticano II, muy denso en todos sus documentos. Hay escritos teológicos, escriturísticos, antropológicos, pastorales, litúrgicos, que dan sus luces y colaboran en la obra evangelizadora de la Iglesia en este tiempo, cuando el mundo ha sufrido muchas transformaciones en todos los frentes, produciendo cambios radicales en el mismo hombre.

Segunda Edición

© EDICIONES PAULINAS 1991
Calle 170 No. 23-31 - Apdo. Aéreo 100383
FAX: 6711278
Bogotá, D.E. - Colombia
ISBN 958-607-439-0

El lenguaje de los símbolos¹

Los estudiosos de semántica y semiología han logrado comprobar que las cosas están "más allá de las cosas" constituyendo un sistema de signos. Por eso mismo han comprendido que el hombre no es un analfabeta sino alguien capaz de leer el mensaje del mundo y que sabe leer e interpretar en la multitud de lenguajes existentes. El hombre vive en su mundo y sabe leerlo e interpretarlo.

El lee e interpreta en lo efímero lo permanente,
en lo temporal lo eterno,
en el mundo a Dios.

Haciendo así, el hombre hace que lo efímero se transfigure en signo de la presencia de lo permanente, y lo temporal en símbolo de la realidad de lo eterno. Cuando las cosas empiezan a dar voces y el hombre a oírlas, está surgiendo el edificio sacramental.

El hombre como lector de signos²

El hombre moderno, es creador de símbolos que expresan su interioridad y es capaz de descifrar el sentido simbólico del mundo. Es cierto que ya no escucha cierto tipo de símbolos y

1. LEONARDO BOFF, Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos, Indo-American Press Service, Bogotá, 1975, p. 11.

2. Id. ibidem.

signos sacramentales que se volvieron anacrónicos y que necesitan ser explicados. Un signo que tenga necesidad de explicación ha perdido su carácter de signo. La culpa no es del hombre moderno sino de los ritos que han envejecido. El hombre moderno se muestra suspicaz frente al universo sacramental cristiano por causa de la momificación ritual: lo que ayer era signo no lo es hoy.

El cristianismo se explica muy bien a sí mismo desde la simbología sacramental³

El sacramento posee una profunda raigambre antropológica. El cristianismo se entiende principalmente como la comunicación de la vida de Dios al interior del mundo. El mundo, las cosas, los hombres están penetrados de la vida de Dios y son portadores de la salvación y del misterio. Por eso son sacramentales. Esta sacramentalidad llegó a su máxima densidad en Jesucristo, sacramento primordial de Dios. Cuando, en la Ascensión, desapareció a los ojos humanos, esta densidad sacramental de Cristo pasó a la Iglesia que es el sacramento de Cristo, prolongado a lo largo de los tiempos y que se concretiza en las privadas situaciones de la vida, fundando así la estructura sacramental, centrada principalmente en los siete sacramentos.

La vida humana es sacramento

La vida de todo hombre es sacramental en cuanto es signo de la vida de Dios, que es la vida mayor, la vida con mayúscula: "Les insufló en las narices el aliento de la vida" (Gn 2,7); "He venido para que tengan vida abundante" (Jn 10,10).

Cristo es el sacramento primordial de Dios

Para nadie es un misterio que Jesús haya sido la presencia humana de Dios en el mundo (Col 2,9). Jesús vino a manifestarnos a Dios, a darnos a conocer su palabra, a enseñarnos los caminos del cielo, a mostrarnos el inmenso amor del Padre, a comunicarnos su vida. Su presencia física desde el nacimiento a su pasión, muerte y resurrección ha sido el signo de la presencia de Dios sobre la tierra, en la plenitud de los tiempos, nacido de María Virgen.

3. Id. ibidem.

La Iglesia es sacramento de Cristo

Tampoco es un misterio que Jesús haya dejado a la Iglesia sus riquezas de gracia y de plenitud de vida (Col 3,13). Ella es el sacramento de Jesús, es el signo de que Cristo está presente en medio de los hombres expresándoles su amor y entregándoles la salvación. Vayan y digan a todos los hombres que el "reino de Dios está cerca" (Mt 3,2), que a todos se les han concedido "las abundantes riquezas de su gracia" (Ef 2,7), para que todos "conozcan a través de la Iglesia los insondables misterios de Dios" (Ef 3,10); que todos ustedes son mi cuerpo y comparten conmigo la única Iglesia de Dios (Jn 15,2-13), sacramento de salvación para todos los hombres (Mt 28,16-20).

Los siete sacramentos de la Iglesia

La Iglesia, siguiendo los planes de vida que le trazara Jesús durante su vida pública y, asistida por el Espíritu Santo que le acompañará hasta el final de los tiempos, ha estructurado su vida en Cristo en forma sabia de modo que a nadie le falta nada para vivir honradamente su cristianismo. Ella cumple en la tierra los ministerios de profeta, sacerdote y rey que cumpliera Jesús de Nazaret mientras vivía. De este ministerio que Jesús le entregara brota su doctrina que explicita abundantemente las Sagradas Escrituras y se convierte en tradición eclesial, sus normas de vida cristiana que hace que sus hijos se conviertan en testigos del modo de vivir en el mundo de los hijos de Dios, y sus celebraciones de vida que se expresan en la liturgia, particularmente en los siete sacramentos. Estos siete sacramentos son signos de la Iglesia, manifiestan la vida de la Iglesia, hacen ver muy a las claras el amor de la Iglesia a Jesucristo, su Señor y maestro.

La actual renovación litúrgica

La Iglesia ha emprendido la renovación litúrgica. Ella quiere que los ritos adquieran dimensiones expresivas adecuadas a los tiempos que viven sus hijos, que son tiempos de secularización, de profundas y rápidas transformaciones. Quiere que la celebración de los sacramentos y de la liturgia en general sean la expresión de una verdadera vida cristiana. Por eso todos sus esfuerzos en la tarea de la evangelización de tal modo que los cristianos asuman

responsablemente su fe, la vivan conscientemente, la expresen con una vida solidaria, llena de amor y la celebren con entusiasmo en la liturgia.

La reforma litúrgica ha sido una preocupación constante de la Iglesia a lo largo de la historia. La última y la más importante de los últimos tiempos la ha ordenado el Concilio Vaticano II en la Constitución "Sacrosanctum Concilium". De ella emanan todos los movimientos actuales de renovación litúrgica que se vienen desarrollando en los diversos continentes. El énfasis mayor se ha puesto sobre el carácter comunitario de las celebraciones y la responsabilidad de cada cristiano en las mismas. La participación ha de ser activa, responsable y libre.

El aporte del presente libro

Este libro sobre los siete sacramentos, es un aporte en este camino de renovación litúrgica de la Iglesia. Es un tratado popular de teología sacramental con reflexiones de tipo espiritual, escrito en forma sencilla y destinado a las grandes masas que necesitan evangelización. La doctrina se ajusta a los principios del Vaticano II, con abundantes citas bíblicas, sin entrar en cuestiones discutidas que quedan reservadas a los teólogos.

No dudamos de la acogida que tendrá este libro entre los agentes de pastoral y del pueblo cristiano en general y que desea conservar intacto el núcleo fundamental de las verdades dogmáticas, morales y litúrgicas de la Iglesia.

ERNESTO TIGREROS

Introducción

Jesús es para nosotros el primer y gran sacramento. Se ha definido el sacramento como "un signo sensible, instituido por Jesús, por medio del cual se simboliza y se produce la comunicación de la gracia". Después de Pentecostés, no se reporta en el Nuevo Testamento ninguna expresión de los apóstoles en la que lamentaran la ausencia de Jesús. Ellos recordaban perfectamente que Jesús les había dicho: "No los dejaré huérfanos". Se sentían acompañados por Jesús en todo momento: El les había asegurado: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo".

En tiempo del evangelista san Juan, algunos comenzaban a “echar de menos” la presencia física de Jesús. Juan, en su evangelio, recordó a propósito: “Es mejor que yo me vaya...”; “no los dejaré huérfanos”...; “les enviaré al Consolador: él estará siempre en ustedes”...

Nosotros en cada sacramento volvemos a experimentar presente a Jesús en medio de la comunidad, ya que la Iglesia —la comunidad— es el lugar escogido por Jesús para “manifestarse” más claramente: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo” (Mt 18, 20).

Siete manantiales

En el bautismo, el individuo es “hundido” en los méritos de Jesús, y muere al hombre puramente carnal para resucitar siendo un hombre espiritual.

En la confirmación, el cristiano recibe el Espíritu de Jesús y es equipado para ser su testigo en el mundo.

En el sacramento de la reconciliación, volvemos a sentir a Jesús, que a través de sus representantes —los sacerdotes— nos vuelve a decir como al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”; o como a la mujer adúltera: “Vete y no vuelvas a pecar”.

En la Eucaristía, somos invitados a la cena del Señor para recordar y actualizar la muerte y resurrección del Señor. Por eso san Pablo escribe: “Cuantas veces comemos este pan y bebemos este cáliz, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Co 11,26).

En la unción de los enfermos, es Jesús, —buen samaritano— representado por el presbítero, que llega junto al que se encuentra caído y doblado por el dolor y la enfermedad.

En el sacramento del matrimonio, es Jesús quien vuelve a citar las palabras del Génesis: “Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (Gn 2,24). Es el mismo Jesús que ratifica el mutuo consentimiento de los novios, y repite: “Que no separe el hombre lo que Dios ha unido” (Mt 19,6).

En el orden sacerdotal, es Jesús que, de entre el gran número de discípulos, vuelve a llamar a unos hombres para enviarlos de “manera especial”, para trabajar por la difusión de su reino. A ellos les vuelve a repetir: “Hagan esto en memoria mía”... “A quienes ustedes les perdonen los pecados, les quedan perdonados, y a quienes se los retengan les quedan retenidos”... “Vayan, a las gentes de todas las naciones y háganlas mis discípulos: bautícenlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que Yo les he mandado” (Mt 28,19-20).

Signos para leer

A los milagros de Jesús, los evangelistas los llamaban “signos”; a través de ellos Jesús quería “mostrar” algo. En los sacramentos, Jesús continúa actuando. A los sacramentos los llamamos “signos eficaces de la gracia” porque en ellos Jesús continúa comunicándonos su gracia.

El agua que nos cubre en el bautismo, señala nuestro hundimiento en la muerte de Jesús para poder participar de su resurrección.

En la confirmación, nos ungen en la frente con el santo óleo para que no nos avergoncemos de ser testigos de nuestro Señor Jesucristo.

En la reconciliación, hay una mano levantada —la mano de Jesús— que expulsa al espíritu maligno y rompe las ataduras del mal.

En la Eucaristía, ya no hay una multiplicación del pan, sino la conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesús. En la bodas de Caná, el agua se convirtió en vino: en la santa Misa, el pan de harina se convierte en el pan de vida.

En la unción de los enfermos, el cristiano, agobiado por su enfermedad, es ungido con aceite —medicina de la antigüedad— para que sea sanado física o espiritualmente.

En la ceremonia del matrimonio, se presentan un hombre y una mujer, y, al unir sus manos, ya no son dos, sino “una sola carne”; Dios los “ha unido y el hombre no los puede separar”.

En el rito de la ordenación sacerdotal, el obispo —sucesor de los apóstoles— unge con óleo santo las manos del presbítero para que queden consagradas para servir totalmente a Dios y a la comunidad. También le entrega la Biblia y el cáliz: su misión será proclamar la Palabra y ofrecer el sacrificio de la santa Misa.

Cada sacramento es un signo: hay que saberlo leer, hay que intuir y experimentar la presencia viva de Jesús, que, a través de instrumentos humanos —buenos, malos o regulares— nos comunica la gracia que nos santifica.

Ritualismo

Nuestros pueblos tienen raíces indígenas muy profundas. Al indígena le encanta el simbolismo, lo mágico, lo ritualista. El indígena echa incienso alrededor de su rancho y cree que está alejando los malos espíritus. Se baña con agua de “yerbas” y está seguro que se está librando de malas influencias.

Todos estos “modos de pensar”, que perviven en nuestro pueblo, pueden ser obstáculo para saber leer cristianamente los signos sacramentales. Esto no atañe sólo al pueblo sencillo, sino que repercute también en muchas personas “cultas”, que, carentes de una fe cristiana sólida, se han aferrado a creencias de tipo mágico, a ritos supersticiosos.

San Pablo, refiriéndose al rito de la circuncisión en su tiempo, decía: “Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen algo, sino la fe actuante por la caridad” (Ga 5,6). Lo importante en todo rito es la fe en Jesús. Sin esa fe, el rito es algo vacío y hasta puede degenerar en un signo supersticioso.

Los fariseos estaban saturados de ritos; pero les faltaba la fe genuina que se proyecta, según la carta a los gálatas, en obras de amor.

Dejarse tocar

En cada sacramento, Jesús se acerca a nosotros con su gracia; pero hay que dejarse “tocar” por él para que se realice el efecto salvador del sacramento.

Jesús visitó la casa del malvado Zaqueo; la “salvación” le llegó cuando decidió “convertirse” y dejar de ser extorsionador y de entregar la mitad de sus riquezas a los pobres. Zaqueo se dejó “tocar” por la “salvación” que Jesús le ofrecía. La mujer que sufría de hemorragias, se acercó para tocar la túnica de Jesús; de antemano, estaba dispuesta a dejarse tocar por la gracia sanadora del Señor. Así sucede también con los sacramentos; aquí no cabe el “automatismo”; es indispensable la fe en Jesús.

Muchas confesiones, comuniones y misas no obran ningún efecto en la persona porque se acude a esos sacramentos por rutina, sin preparación, casi esperando un efecto mágico del mismo sacramento.

Los sacramentos son celebración

Nosotros celebramos acontecimientos que tienen incidencia en nuestra vida. Celebramos el día de nuestro cumpleaños, el aniversario de bodas, una gesta nacional. Esos acontecimientos se caracterizan por la música, los cohetes, la alegría, la fraternidad.

En los sacramentos la Iglesia celebra acontecimientos significativos de la vida cristiana de sus miembros. Hay, pues, motivos de alegría.

En el bautismo, la comunidad se regocija por el nuevo miembro que se agrega a la familia cristiana.

En la confirmación, se festeja la mayoría de edad de un hijo de la familia que ha confirmado su “sí” al Señor Jesucristo.

En la reconciliación, se repite la fiesta del padre del hijo pródigo que recibe a su hijo en su casa.

En la eucaristía, los hermanos reunidos “recuerdan la muerte del Señor hasta que vuelva”.

Parecería inadecuado hablar de celebración en la unción de los enfermos, allí donde se está tan cerca del dolor y de la muerte. Los amigos del paralítico —en el capítulo 5 de Lucas— se alegraron de poder acercarse a su amigo a Jesús. La comunidad se alegra de

llevarle a Jesús al enfermo para que le conceda salud física o espiritual.

En la ceremonia de la ordenación sacerdotal, la Iglesia se regocija de que un miembro de la comunidad se consagre al servicio de Dios para ser una “mano larga” de Dios en la tierra.

En el sacramento del matrimonio, la Iglesia festeja la decisión de la pareja que ha decidido formar un hogar cristiano —iglesia doméstica— bajo la bendición de Dios y de la Iglesia.

Es por todo esto que celebrar sacramentos en privado —sin la comunidad— viene a ser algo así como celebrar nuestro cumpleaños sin compañía, en la solitaria mesa de un restaurante.

Crear sin ver

Jesús le dijo al incrédulo Tomás: “Tú has creído porque has visto; dichosos los que creen sin ver”. Esos somos nosotros: no vemos físicamente a Jesús; pero por la fe lo experimentamos vivo en nuestra vida, lo sentimos acercarse a nosotros en cada sacramento y nos disponemos a dejarnos tocar por él.

Nuestros siete sacramentos no son vistosos ritos para engalanar una ceremonia, sino “signos sensibles y eficaces de la gracia” que aprendemos a leer por medio de la fe, y a través de los cuales Jesús permanece entre nosotros ayudándonos a crecer espiritualmente y a que vaya apareciendo, cada vez más en nosotros, la imagen de Cristo.

Bautismo

En muchos lugares de América Latina se escuchan cantos, porque alguien está cumpliendo años. A nadie se le olvida el día de su cumpleaños; es una fecha muy significativa en la vida. El 99% de las personas ignoran la fecha de su bautismo, día en que nacieron como “hijos de Dios” y fueron “sellados por el Espíritu Santo”. Al bautismo no se le da la dimensión debida en la propia existencia; es como un suceso lejano que se quedó encerrado en el archivo de la vida. Sin embargo, el bautismo es algo esencial de nuestra personalidad de cristianos.

Jesús dijo a los apóstoles: "Vayan a las gentes de todas las naciones y háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que Yo les he mandado" (Mt 28,19-20). Para Jesús bautizarse —hundirse en el agua— era señal de que la persona había aceptado su mensaje, se arrepentía de su maldad y comenzaba una "nueva vida". Los apóstoles siguieron fielmente el mandato de Jesús; en el libro de los Hechos de los Apóstoles consta que, el día de Pentecostés, Pedro salió a predicar la buena nueva; las gentes, conmovidas, le preguntaron: "¿Qué debemos hacer?" Pedro les contestó: "Arrepiéntanse y bautícense". Ese día se bautizaron unas tres mil personas.

El mismo libro de los Hechos de los Apóstoles consigna que un etiope iba en un carruaje y que el Señor envió al diácono Felipe para que lo evangelizara; después de haber aceptado el mensaje, el etiope pidió ser bautizado. Esto era lo que sucedía, al principio, en el cristianismo.

Hundirse en Jesús

Bautizar quiere decir hundir. En el bautismo somos hundidos en los méritos de Jesús para recibir la salvación que Jesús nos ofrece. San Pablo, en su carta a los romanos (6,3), afirma que nosotros somos "sepultados" con Cristo para "resucitar" a una nueva vida; éste es el efecto del bautismo.

En algunas iglesias antiguas todavía se conserva una pila grande;

allí se sumergía a los adultos que pedían el bautismo. El hundimiento en el agua simboliza la muerte al "hombre viejo" y la resurrección del "hombre nuevo". En la Iglesia católica, para bautizar a un niño o adulto se le puede sumergir en un estanque, en un río o simplemente rociar con agua su cabeza; el agua es un símbolo, nada más, de la acción purificadora del bautismo y del hundimiento en Jesús.

Algunas personas, a veces, se indisponen un poco cuando en la ceremonia del bautismo se anuncia que se hará un "exorcismo"; algunos alegan: "Pero mi hijo es inocente, limpio, él no tiene nada malo". La razón del "exorcismo" es la siguiente: Al principio de la humanidad, nuestros primeros padres se rebelaron contra Dios; su pecado fue de orgullo. Esa mancha de familia se traslada a todos los hijos, así como se heredan el color de los ojos o del cabello de los papás. Este pecado se cometió en el origen de la humanidad, por eso lo llamamos pecado "original". Podemos servirnos de una comparación: Dios envía a los niños limpios, puros, inocentes; pero esos niños ingresan, en un mundo que está contaminado por el mal que los toca desde su ingreso en el mundo. El exorcismo, durante la ceremonia del bautismo, consiste en una oración en la que se pide en nombre de Jesús, que el niño sea liberado de cualquier fuerza mala o mal espíritu que lo hubiera influenciado al ingresar al mundo.

Puerta de entrada

La Biblia narra que la Virgen María llevó a "presentar" al templo al Niño Jesús, a los 40 días de su nacimiento. "Presentar" quiere decir consagrar a Dios. María fue recibida por un sacerdote llamado Simeón. Los padres llevan a sus niños al templo para bautizarlos, para que desde niños sean "sumergidos" en los méritos de Jesús; cuando los niños son bautizados no tienen uso de razón; pero este rito de iniciación cristiana, en la Iglesia católica, forma un solo bloque con la confirmación. En el bautismo, los papás y los padrinos se comprometen delante de Dios a colaborar, con la palabra y el ejemplo de la vida, para que el niño vaya desarrollándose espiritualmente hasta que llegue a una edad conveniente en que él mismo pueda aceptar "personalmente" a Jesús y "confirmar" lo que sus papás prometieron por él en el bautismo; éste es el momento del sacramento de la confirmación. Considerándolo desde este punto de vista, sí tiene mucho sentido bautizar a los niños.

En la carta a los efesios (1,13), se dice que nosotros hemos sido "sellados por el Espíritu Santo". Nosotros ponemos nuestro sello a algo que apreciamos y que no queremos que se nos pierda o que alguien se lo quiera apropiarse: el ganadero le pone su sello a su ganado. En el bautismo somos "sellados por el Espíritu Santo..."; somos marcados como "hijos de Dios"; pero él nunca dejará de considerarnos sus hijos. La ceremonia del bautismo no se repite porque creemos que la palabra de Dios es para siempre; él no se arrepiente de habernos adoptado como hijos suyos.

Después de rociar con agua la cabeza del niño, se lo unge con el santo crisma —aceite consagrado el jueves santo—. El aceite; en la Biblia, simboliza la fuerza del Espíritu Santo; el niño acaba de ser hecho cristiano y por eso la Iglesia lo unge para que tenga la fuerza del Espíritu Santo y pueda cumplir con su misión de cristiano.

En la Iglesia acostumbramos ungir con aceite que va a ser consagrado. La 1a. carta a los corintios (3,16) especifica que nosotros somos "templos del Espíritu Santo" porque Dios habita en nosotros. Con el santo crisma el niño es consagrado como templo del Espíritu Santo.

Al niño se le impone una "vestidura blanca", que es símbolo de la gracia de Dios que ha recibido en su bautismo, y se reza para que no la manche y la conserve limpia para el día de su encuentro con el Señor.

A los papás y a los padrinos se les entrega una "candela encendida", símbolo de Jesús, que dijo: "Yo soy la luz del mundo". Los papás y padrinos, al tomar la candela, se comprometen a mantener encendida la luz de Jesús para aquel niño, hasta que él mismo la pueda tomar con su propia mano el día de la confirmación.

Jesús no sólo dijo: "Bauticen", sino: "Háganlos mis discípulos: enséñenles a obedecer todo lo que Yo les he dicho". Con la ceremonia del bautismo no se termina todo; los papás y padrinos adquieren la responsabilidad de convertir a su hijo en un discípulo de Jesús; desde ese momento lo van conduciendo hacia la aceptación personal de Jesús el día de su confirmación.

En la carta a los corintios (12,13), se nos recuerda que nosotros fuimos bautizados para formar "un solo cuerpo". En el bautismo el niño pasa a formar parte del cuerpo de Cristo; la Iglesia. Las personas que asisten a la celebración del bautismo no son simples espectadores, sino la Iglesia en pequeño: la nueva familia espiritual del recién bautizado que ora por él y se compromete a darle buen ejemplo para que pueda llegar a ser un discípulo de Jesús.

La ceremonia del bautismo concluye con una oración por el papá y la mamá; ellos son los primeros educadores cristianos en su hogar; nadie puede quitarles este "primer lugar", ni la Iglesia, ni el colegio católico. Los papás son los educadores natos para ayudar a su hijo a dar una respuesta de fe a Jesús.

¡Con cuánto júbilo celebramos nuestro nacimiento, el día de nuestro cumpleaños! Organizamos una fiestecita, invitamos a nuestros amigos para que compartan nuestra alegría! ¡Con qué facilidad se olvida el día de nuestro bautismo! Posiblemente sabemos la fecha; no le damos la debida importancia a ese día en que nacimos a una "nueva vida" y fuimos "sellados por el Espíritu Santo" como "hijos de Dios" para siempre.

Dice la Biblia que cuando Jesús fue bautizado, se oyó una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo muy amado". Esa es la misma voz que resonó sobre nosotros el día en que nuestros papás nos llevaron a una pila bautismal: "Este es mi hijo muy amado". El don más grande que Dios nos hizo fue el de nuestro bautismo; ese día fuimos marcados como "hijos de Dios" para siempre.

Confirmación

En el sacramento del bautismo hay un rito muy sugestivo. Se entrega una “vela encendida” a los papás y a los padrinos; la vela simboliza a Jesús, luz del mundo. Los papás y padrinos se comprometen a mantener encendida esa luz para su hijo hasta que él mismo pueda tomarla con su propia mano y se comprometa a ser luz en el mundo. Esto se realiza el día de la confirmación; ese día el joven o la señorita “confirman” lo que sus papás y padrinos aceptaron en lugar de ellos el día del bautismo.

signo de bendición para comunicar el "don" del Espíritu Santo; por medio de este gesto se continúa el Pentecostés en la Iglesia.

Mayoría de edad

Al confirmado se le unge en la frente con aceite, con el santo crisma. Ya en el bautismo se lo había ungido como templo del Espíritu Santo; ahora se lo unge nuevamente en la frente; el simbolismo de esta unción lo explica el Concilio de Florencia cuando dice: "La unción en la frente es porque allí está el asiento de la vergüenza para que no se tenga pena ni miedo de profesarse seguidor de Cristo". En el momento de la confirmación, el joven comienza a ser un "cristiano activo", una "piedra viva" en el edificio de la Iglesia.

Cuando un hijo llega a la mayoría de edad, el padre lo llama y le hace ver cómo hasta entonces lo ha recibido todo, y que ahora ha llegado el momento de que comience a aportar algo a la casa; debe considerarse como "mayor de edad" en su hogar. La confirmación es el momento en que la Iglesia llama al individuo y le pide que sea un "miembro activo", una "piedra viva" en el edificio de la Iglesia.

Signos carismáticos

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, tanto en Jerusalén como en Samaria y en Efeso, se nota que cuando se "imponen las manos" y se comunica el "don" del Espíritu Santo, se dan signos carismáticos visibles; tanto es así que Simón, el Mago, intentó comprar aquel poder con el que los apóstoles, por medio de la imposición de las manos, confería el "don" del Espíritu Santo, que se transparentaba en signos carismáticos, como el don de lenguas, la profecía y la alabanza. Algunos estudiosos se preguntan por qué en la actualidad no se evidencian los signos carismáticos en el sacramento de la confirmación. Varios comentaristas han intentado dar una respuesta. Piensan que lo que falla es la debida preparación. El día del bautismo, los papás se comprometen delante de Dios y de la Iglesia a ayudar a crecer espiritualmente a su hijo; pero el ambiente cristiano, propicio para el desarrollo espiritual del hijo, muchas veces es inexistente. Esto impide el crecimiento espiritual. No es raro entonces que se llegue al sacramento de la confirmación casi por pura "tradición", y, claro está,

Como en la Biblia

La confirmación se encuentra muy bien descrita en la Biblia: los apóstoles, según el capítulo 20 de san Juan, ya habían recibido el Espíritu Santo el día de la resurrección, cuando Jesús se les apareció y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo". Los mismos apóstoles escucharon la promesa de Jesús: "Cuando reciban el Espíritu Santo, tendrán poder y saldrán a dar testimonio a todas partes" (Hch 1,8). Esto se cumplió el día de Pentecostés.

Algunos comentaristas de la Biblia explican que esa recepción del Espíritu Santo, el día de la resurrección, fue como la levadura que fermentó la masa hasta estallar el día de Pentecostés. Ese día, los apóstoles y los discípulos recibieron una fuerte efusión del Espíritu Santo, que de tímidos y miedosos discípulos los transformó en audaces testigos de Jesús.

La Biblia especifica también que, en Samaria, el diácono Felipe mandó a llamar a los obispos Pedro y Juan para que "impusieran las manos" a los que ya habían sido bautizados; de esta manera los de Samaria recibieron la efusión del Espíritu Santo" (Hch 8,14-20). La Iglesia católica continúa esta tradición bíblica: es un obispo el que "impone las manos" a los ya bautizados para que reciban la "efusión del Espíritu Santo", en la confirmación.

Todo sacramento tiene un "signo" que simboliza lo que se realiza en el individuo. La imposición de las manos por parte del obispo es el rito que indica la comunicación del "don" del Espíritu Santo. Así lo hicieron los apóstoles en Efeso, en Samaria. Así se consigna en los Hechos de los Apóstoles. La imposición de las manos es un

en esta forma no se pueden patentizar los signos carismáticos que aparecen en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Muchos cristianos en la actualidad se han dado cuenta de esta deficiencia en su vida espiritual, y han querido remediarla; algunos han encontrado una respuesta a su búsqueda en lo que llaman "bautismo en el Espíritu Santo". Otros lo llaman "segunda conversión". El nombre no importa; lo que interesa es la "renovación" que el adulto hace de su bautismo y de su confirmación. El teólogo católico Heriber Muhlen, especialista en la teología del Espíritu Santo, afirma que el "bautismo en el Espíritu Santo", es una verdadera renovación de la confirmación, y señala que todo individuo, alguna vez en su vida, conscientemente debe "renovar" su confirmación.

Lo importante es redescubrir y reactivar el "don" del Espíritu Santo que un día se recibió en el bautismo y la confirmación, y que, a veces, se tiene como un tesoro escondido de vida abundante, mientras la persona vive agónicamente su vida espiritual.

Caballero andante

En la edad media había una ceremonia muy característica. A los que iban a ser armados "caballeros andantes", durante toda una noche, se les ponía a "velar sus armas". Después se les daba un espaldarazo, y, en esa forma, quedaban armados "caballeros andantes". En la actualidad, la confirmación es una ceremonia parecida: el día de su bautismo el niño no pudo tomar con su propia mano la vela encendida; pero ahora, ya de joven, conscientemente hace su opción personal y se inserta activamente en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, y se compromete a ser un caballero andante, un cristiano comprometido; a ser sal de la tierra y luz del mundo.

Antes de Pentecostés con frecuencia se presenta a los apóstoles encerrados en un cuarto, llenos de temor. Así los encuentra Jesús el primer día de la resurrección; ocho días después, Jesús los vuelve a encontrar encerrados. Esta situación cambió radicalmente el día de Pentecostés; después de recibir el Espíritu Santo, los apóstoles se desparramaron por las calles de Jerusalén para proclamar el Evangelio, y nunca más dejaron de predicar. En la actualidad, muchos cristianos permanecen obstinadamente "encerrados"; tienen miedo de salir a las calles a proclamar la buena noticia de Jesús. Es necesario que esos cristianos —de

cualquier edad— "confirman" de corazón su compromiso bautismal; es tiempo de que esos cristianos se muestren ante el mundo como "soldados de Cristo", dispuestos a emprender una lucha sin cuartel contra las fuerzas del mal. Ya es hora de que los "cristianos de armario" se decidan a salir a las calles con la espada del Espíritu Santo, que es la Palabra de Dios, y con la plena conciencia del mandato de Jesús de "ir a todas las gentes" no sólo a bautizarlas, sino para evangelizarlas y convertirlas en auténticos "discípulos del Señor" (Mt 28,18-20).

Eucaristía

En los primeros tiempos de la Iglesia, los recién bautizados, con su túnica blanca y una candela encendida, avanzaban de la pila bautismal hacia el altar: iban cantando: "Preparas para mí una mesa" (Sal 23). Ceremonia muy expresiva. Los primeros cristianos comprendían bien que el bautismo es el "nuevo nacimiento"; pero también sabían muy bien que no podían crecer espiritualmente, si no se alimentaban con el cuerpo y la sangre de Jesús. Por eso, de la pila bautismal pasaban a la "mesa del Señor" a participar de la eucaristía.

Las dos pascuas

Para comprender mejor el significado de la eucaristía hay que recordar dos acontecimientos básicos: uno del Antiguo Testamento, y otro del Nuevo. La pascua judía se celebraba de la manera siguiente: Los judíos se reunían en familia, una vez al año, para comer el “cordero pascual”. Así recordaban aquella noche en que habían sido liberados de la esclavitud de Egipto. Se les había ordenado que mataran un cordero, para que el ángel de la muerte, esa noche, no entrara en su casa. Por la sangre del cordero en las puertas de las casas, los judíos habían salvado de la muerte a sus primogénitos. Esto sucedió en el Antiguo Testamento.

San Marcos nos cuenta que unos discípulos se acercaron a Jesús para preguntarle dónde quería celebrar la Pascua. Jesús, como religioso judío, celebraba la Pascua. Jesús escogió la casa de unos amigos para la cena pascual (Mc 14,12). Los apóstoles ignoraban que esa noche Jesús iba a instituir la “nueva Pascua” del Nuevo Testamento. San Pablo, en el capítulo 11 de la 1a. carta a los corintios, nos relata el acontecimiento: “Porque yo recibí del Señor esta enseñanza que les di: que la misma noche en que el Señor Jesús fue traicionado, tomó en sus manos pan y, después de dar gracias a Dios, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo entregado a muerte para bien de ustedes; hagan esto en memoria mía. Así también, después de la cena, tomó en sus manos la copa y dijo: Esta copa es el nuevo Pacto, confirmado con mi sangre; cada vez que beban, háganlo en memoria mía. De manera que hasta que venga el Señor ustedes proclaman su muerte cada vez que comen de este pan y beben de esta copa”. ¡Bellísimo pasaje en que san Pablo

describe cómo fue la institución de la Eucaristía! Allí se habla de una “nueva alianza”, de un “nuevo pacto” de Dios con los hombres. En adelante ya no se recordará la alianza con “sangre de corderos” sino con la “sangre de Jesús”. En la última cena no se habla de “cordero pascual” porque ahora está presente el “nuevo Cordero”, que es Jesús: el Cordero que “quita los pecados del mundo”, el nuevo Cordero del Nuevo Testamento.

La primera vez que Juan Bautista presentó a Jesús delante de la gente dijo: “Miren, allí está el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Jesús venía para ser ese Cordero sobre el cual todos íbamos a poner nuestras manos sucias para quedar limpios y sanados por su sangre. San Lucas apunta que después que Jesús consagró el pan y el vino, les dijo a los apóstoles: “Hagan esto en memoria mía” (Lc 22,19). Los cristianos lo entendieron muy bien y comenzaron a celebrar la “Cena del Señor”, así se llamaba la eucaristía en los primeros tiempos. Eucaristía es una palabra que proviene del griego y significa: “acción de gracias”.

Como los primeros cristianos

En el capítulo 2º del libro de los Hechos de los Apóstoles, se encuentran escenas muy vivas que traslucen cómo los primeros cristianos celebraban la “Cena del Señor”. Encontramos estos históricos pasajes: “Todos seguían firmes en lo que los apóstoles enseñaban y compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el pan”. Más adelante, en el versículo 46, se lee: “Todos los días se reunían en el templo, y, en las casas, partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran estimados por todos, y cada día el Señor añadía a la Iglesia a los que se habían de salvar”.

Los primeros cristianos, como señala el texto, celebraban la cena del Señor —la eucaristía— en las casas particulares ya que en ese tiempo no contaban con templos propios. La expresión “partir el pan” comenzó a ser una expresión litúrgica para designar la cena del Señor, pues, en la última cena, Jesús había “partido el pan” y se lo había entregado a los apóstoles.

Hay un valioso texto del año 150, escrito por san Justino, que describe detalladamente cómo se celebraba una misa en los primeros tiempos del cristianismo. Dice así: “El día, que se llama del sol, se celebra una reunión de todos los que habitan en las ciudades o en los campos; allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, la

memoria de los apóstoles o los escritos de los profetas; luego, cuando el lector termina, el presidente, generalmente el obispo, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras plegarias. Cuando terminan, se ofrece pan, vino y agua, y el presidente, según su inspiración, eleva igualmente a Dios sus plegarias y eucaristías, y todo el pueblo aclama diciendo: Amén. Viene a continuación la distribución y participación de los alimentos eucarísticos y su envío por medio de los diáconos a los ausentes”.

Este es un valioso documento para la Iglesia católica. Aquí parece que estuviera descrita nuestra “misa actual”. Esto garantiza que nosotros estamos con la tradición de los primeros cristianos; estamos repitiendo lo que ellos habían aprendido de los apóstoles. El texto de san Justino es sumamente valioso, si se tiene en cuenta que el último Evangelio se escribió, más o menos hacia el año 90. Esto nos dice que el documento de san Justino, del año 150, conecta directamente con las primeras generaciones cristianas, íntimamente vinculadas con los apóstoles. Este documento nos alegra, pues concuerda con las escenas descritas en el libro de los Hechos de los Apóstoles, y nos confirma que nuestra misa —la Eucaristía— proviene de la enseñanza de los apóstoles.

Un memorial

La eucaristía para nosotros es el “memorial” de la muerte y resurrección del Señor: Jesús ofreció su sacrificio una vez para siempre, como dice la carta a los Hebreos. Nosotros, al celebrarla, “actualizamos” la presencia de Jesús que vuelve a ofrecernos su salvación por su cuerpo y su sangre; volvemos a revivir todo lo que Jesús nos ofrece a través de su muerte y resurrección. Por eso la eucaristía es un “memorial”.

En el Vaticano hay un bello cuadro del pintor Rafael; se ve en lo alto al Padre que se deleita viendo al Hijo; más abajo, un altar; en el altar, una hostia; al lado del altar, los sabios de todo el mundo, y, abajo, en el suelo, un sinnúmero de libros de teología, filosofía, de ciencias. El simbolismo del cuadro recalca que todos los libros humanos quedan a un lado ante el misterio de la eucaristía. Aquí sólo cuenta la fe en las palabras de Jesús: “Este es mi cuerpo”; “Esta es mi sangre”. “Hagan esto en memoria mía”. Como dice san Pablo, hasta que Jesús vuelva seguimos anunciando su muerte y

resurrección; nos alimentamos del cuerpo del Señor, volvemos a experimentar más íntimamente a Jesús que habla, que perdona, que sana, que transforma corazones.

Arde el corazón

Los discípulos de Emaús “reconocieron” a Jesús “al partir el pan” —dice la Biblia— y se alegraron; sus dudas se esfumaron: la paz inundó sus corazones. En la eucaristía volvemos a reconocer a Jesús “al partir el pan”.

La eucaristía es una comida. Cuando Jesús prometió que iba a dar de comer su cuerpo y su sangre, muchos se escandalizaron, se fueron y lo dejaron plantado; creyeron que Jesús estaba loco. Jesús muy claramente les había advertido que tenían que “comer su cuerpo y beber su sangre”. San Juan, en el capítulo 5º de su Evangelio, recuerda las palabras exactas de Jesús: “Les aseguro que si ustedes no comen el cuerpo del Hijo del Hombre, y no beben su sangre, no tienen vida; el que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día. Porque mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida; el que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive unido a mí y Yo vivo unido a El”. Palabras muy concretas y claras las de Jesús: “Comer su cuerpo, beber su sangre”. Lo mismo repitió en la última cena: “Coman, beban”. Para nosotros es un “mandato” de Jesús, y creemos en la “presencia real” de Jesús en la eucaristía. Por eso comemos el cuerpo de Cristo; nos alimentamos con su cuerpo; experimentamos su presencia santificadora. Como los discípulos de Emaús, sentimos que arde nuestro corazón.

San Pablo después de recordar la manera como Jesús instituyó la eucaristía, advierte, tajantemente, que antes de comer el cuerpo de Jesús y de beber su sangre, debemos “examinar nuestra conciencia, porque de otra manera, comemos nuestro castigo” (1Co 11,28-29). Las medicinas producen efecto con sólo tomarlas; la eucaristía también es medicina espiritual; pero solamente surte efecto para las personas que “con fe” y “pureza de corazón” se acercan al sacramento.

Toda liturgia de la misa va llevando al individuo hasta el encuentro íntimo de fe. Se inicia la misa con un examen de conciencia y con un “Yo pecador”; luego se abre la santa Biblia, cuyas palabras interpelan y purifican. Jesús les decía a los apóstoles: “Ustedes ya están limpios por las palabras que Yo les he dicho”. Luego la

liturgia introduce a los fieles en la consagración del pan y del vino: el sacerdote repite las mismas palabras de Jesús en la última cena. Todos estos pasos que dieron los discípulos de Emaús hasta descubrir al Señor. Primero se dieron cuenta de que iban tristes y derrotados; luego se dejaron iluminar por las palabras de la Escritura: se sentaron a comer a la mesa con Jesús, y lo descubrieron. Al terminar aquella cena eucarística, ya no eran los deprimidos caminantes, sino los gozosos mensajeros de la buena nueva de Jesús resucitado. Este debe ser el proceso normal de una eucaristía para que se verifique en cada uno la transformación que se efectuó en los discípulos de Emaús.

Un solo pan

La eucaristía es signo de unión entre los creyentes. San Agustín decía que la eucaristía es un banquete y que a un banquete no se va sólo a comer, sino a dialogar, a conversar, a convivir. Los primeros cristianos a la eucaristía la llamaban también "Koinonía", porque no sólo se alimentaban del cuerpo y la sangre de Cristo, sino que compartían su vida, sus bienes. Esto se desprende del capítulo segundo del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,42).

San Pablo, en la primera carta a los corintios, recuerda: "El pan es uno y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan". La expresión que a veces se escucha: "Voy a oír misa", está mal empleada.

Nosotros no vamos como simples espectadores a "oír misa", vamos a "participar" en la eucaristía, que significa "acción de gracias". No es el sacerdote el que realiza la eucaristía: somos todos, conducidos por el sacerdote, los que "partimos el pan" y compartimos con los demás fieles nuestro amor, nuestra fe, nuestro dolor, nuestra esperanza. No podemos comulgar con el cuerpo del Señor, si antes no hemos comulgado con nuestros hermanos que nos están rodeando. Una misa silenciosa en la que el sacerdote "lo hace todo", no es el reflejo de la gozosa cena que celebraban los primeros cristianos; no es tampoco la "Koinonía" en donde se parte el pan de vida y se comparte la vida con sus alegrías y tristezas. Si muchas personas se han alejado de la Iglesia, en gran parte se debe a esas "tristes" eucaristías y "pobres anuncios del mensaje" del Señor, que más parecen "ceremoniosos velorios" y no la "jubilosa cena del Señor" en que los discípulos de Emaús

—nosotros— deberíamos exclamar: "Sentimos que arde nuestro corazón".

Vayan en paz

Una misa no termina cuando el sacerdote dice: "Vayan en paz". "Vayan en paz" quiere decir que si llegamos a la iglesia tensos, conflictivos, Jesús nos ha regalado nuevamente su paz; ahora nos envía fuera de la iglesia, enviados al mundo para ser sus emisarios, sal de la tierra y luz del mundo. "Vayan en paz" es el compromiso de ir al mundo del egoísmo y del conflicto a sembrar la paz en los corazones de los violentos, de los necesitados, de los enfermos y frustrados.

Los primeros cristianos, de la pila bautismal avanzaban a la "mesa del Señor" —el altar—. Lo primero que hacían, después de su nuevo nacimiento, era acudir al altar para alimentarse con la santa comunión, y poder así continuar en su crecimiento espiritual. Jesús dijo: "Si no comen mi cuerpo y no beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes". Nosotros con frecuencia acudimos al sacramento de la eucaristía; nos alimentamos con el pan de vida —maná del Nuevo Testamento— que nos fortalece y nos ayuda para no desfallecer en nuestro éxodo hacia la tierra prometida, el cielo.

Una misa en la calle

"Partir el pan" para los primeros cristianos fue una fórmula de su liturgia. Con ella querían recordar lo que Jesús había realizado en la última cena. Había partido el pan y se lo había entregado a sus apóstoles. El evangelista Lucas nos cuenta que los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús resucitado en la manera de "partir el pan". Es decir, en ese momento, en aquella posada, a la vera del camino, Jesús estaba repitiendo el gesto del jueves santo.

Es interesante descubrir cómo en la escena de los caminantes de Emaús (Lc 24), van apareciendo las líneas de lo que es una misa, una eucaristía.

Confesión

Lo primero que hacemos antes de iniciar una misa, es purificarnos por medio de la confesión de nuestros pecados. No nos sentimos capaces de participar en la cena del Señor, si antes no hemos examinado nuestra conciencia. De otra suerte, como dice Pablo en su primera carta a los corintios, podríamos “comer nuestra propia condenación” (1Co 11,27).

Lo primero que Jesús resucitado suscita en los discípulos de Emaús es una confesión. Les pregunta: “¿Por qué están tan tristes? Y ellos comienzan “la confesión” de sus dudas. Creían que Jesús era el Mesías, pero... había muerto como todos. Unas mujeres decían que habían encontrado su sepulcro vacío, pero las mujeres exageran mucho... Jesús deja que se desahoguen. Luego los llama “insensatos y tardos de corazón”.

El Espíritu Santo —nos asegura el Evangelio de san Juan— tiene como misión “convencernos de pecado” para luego limpiarnos. El primer paso para el encuentro con Jesús es la sinceridad. El inicio de una misa consiste en el desahogo de nuestro corazón. Reconocer que somos “insensatos y tardos de corazón”. Pero tenemos una ventaja: Sabemos que “si confesamos nuestros pecados, Dios es justo y fiel para perdonarnos y limpiarnos” (1Jn 1,9).

Liturgia de la palabra

Jesús los dejó hablar. E inició una terapia espiritual: aquellos hombres lo primero que necesitaban era un poquito de fe. Y Jesús comenzó la “liturgia de la palabra”. Dice san Pablo que “la fe viene como resultado del oír y lo que se oye es la palabra de Dios”. Jesús en su primer encuentro con ellos no les pide que crean en él. Solamente les pide que lo escuchen. Ellos educadamente lo escuchan; hubieran podido decirle que, por favor, los dejara tranquilos. Pero no. Lo escucharon. Y la palabra comenzó a suscitar en ellos la fe.

Liturgia significa servicio. Después de la confesión de pecados, en la misa, viene el servicio de la palabra. Se leen varios pasajes de la Biblia. Algunos del Antiguo Testamento y otros del Nuevo. Si nos decidimos a “oír” la palabra, ésta comienza a ser “espada de doble filo —como dice la carta a los hebreos— que penetra hasta lo profundo de nuestro ser”. Y esa espada por lo general llega hasta las purulencias y sale pus...; o —como dice el salmo 119— es

“lámpara a nuestros pies, luz en nuestro sendero”. Sentimos que nuestras dudas o incertidumbres son barridas de pronto. Hay algo oscuro que se diluye y algo luminoso que comienza a aparecer: es la fe que se renueva.

La fe viene como resultado de oír la palabra. “Sentíamos que ardía nuestro corazón mientras nos hablaba”, decían después los discípulos de Emaús. Esa es la obra de la palabra de Dios: hacer arder el corazón, renovarlo, calentarlo. Esta es la finalidad de la “liturgia de la palabra”: la mejor preparación para acercarse a la cena del Señor.

Ofertorio

Al llegar a una posada, Jesús “hizo gesto de seguir adelante”. Pero ellos no lo permitieron; le “ofrecieron” hospedaje y comida. Tan simbólico eso de “hacer un gesto de seguir adelante”; Jesús llega a nuestra vida, pero no quiere entrar en ella echando abajo la puerta; él quiere que esa puerta se abra libremente. Así lo retrata el libro del Apocalipsis: “He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre, entraré y cenaré con él”. Ellos le abrieron su puerta —la del corazón—, y le hicieron su “ofertorio”: hospedaje y comida. ¿Y si sólo hubieran escuchado sus palabras y lo hubieran dejado seguir adelante? Y esta posibilidad es la que siempre se presenta cuando Jesús le sale en el camino a cualquiera.

En la misa, ofrecemos —“ofertorio”— pan y vino. Es algo simbólico. Con el pan y el vino va nuestra vida. Le prometemos que cada vez más le dejaremos internarse en todas las habitaciones de nuestra casa. Que la vez pasada sólo le permitimos visitar algunos cuartos, pero que con su ayuda, ahora, sí le vamos a “enseñar todo”.

Consagración y comunión

Los discípulos lo reconocieron “al partir el pan”. Señal de que lo pusieron en la cabecera de la mesa. Según la costumbre judía, este lugar le correspondía al dueño de la casa; a él le tocaba hacer la bendición de la mesa. Ellos le cedieron el lugar al Señor y por eso mismo lo pudieron reconocer “al partir el pan”, la forma peculiarísima de Jesús de bendecir la mesa y distribuir el pan. Jesús, como en la última cena, se les hizo presente con su cuerpo y con su

sangre que les quedaron en la mesa, pues él desapareció. ¿Y si no le hubieran dado el primer lugar? Otra posibilidad. Pero ellos le dieron el primer lugar. Y él les respondió con la eucaristía.

Todos los ritos de nuestra misa nos llevan a desembocar en la consagración y comunión. Todo es una preparación para “reconocerlo al partir el pan”. Es el momento culminante de la misa.

San Pablo nos dice: “Cada vez que comen de este pan y beben de esta copa, anuncian la muerte del Señor, hasta que vuelva” (1Co 11,26). Eso es la misa: actualizar a Jesús en medio de nosotros, como en la última cena. Hace dos mil años que la Iglesia católica no cesa de repetir, día a día —aun en los momentos más críticos de su historia—, el mandato del Señor: “Hagan esto en memoria mía” (Lc 22, 19).

La misa ha terminado

La palabra misa viene del verbo latino “mittere”, que significa enviar. Antes, cuando la misa se celebraba en latín, las últimas palabras del sacerdote al concluir el rito, eran: “Ite missa est”. “Pueden irse, la misa ha concluido”. Ahora, en el nuevo rito, el sacerdote dice: “Pueden ir en paz”.

Algo muy concreto. Los que durante la misa han sido enriquecidos por el gozo espiritual, son “enviados” (mittere) a repartir esa “paz”, como se reparte el pan, sobre todo al que más lo necesita.

Los discípulos de Emaús iniciaron “su misa”, su viaje, con la tristeza clavada en su corazón. Pero, al descubrir a Jesús resucitado, se inundaron de gozo y ya no pudieron seguir hacia su pueblo, sino que tuvieron la urgencia de ir a dar la buena noticia (evangelizar) a sus compañeros de Jerusalén.

No se puede participar de una misa, recibir el gozo del encuentro y el hablar directo del Señor, y quedarse con todo eso escondido en el corazón. No se puede. Por eso somos enviados a “demostrar” que de veras Jesús se nos apareció, que nos habló y que nos regaló un Pan distinto del pan de nuestra cena.

La mayoría dice: “No, gracias”

Una lamentable constatación: la mayoría de las personas, que acuden los domingos a misa, no comulga. Jesús les vuelve a

repetir las palabras del Evangelio de san Juan: “El que come mi cuerpo y bebe mi sangre tendrá vida eterna”. Pero la mayoría dice: “No, gracias”.

Los primeros cristianos —aquellos que estuvieron íntimamente relacionados con los apóstoles— tomaron muy en serio la cena del Señor. El libro de los Hechos nos relata que como no disponían de iglesias propias, se reunían en casas particulares y allí “partían el pan”.

Repetían lo que Jesús había realizado en la última cena, a pesar de la persecución contra los cristianos. Memorable es el caso del joven Tarcisio que por llevar la comunión a los prisioneros, que iban a ser llevados al martirio, él mismo fue martirizado en plena calle; pero no le lograron arrancar la santa Hostia que escondía entre su túnica.

Para los primeros cristianos participar en la cena del Señor era acercarse a comulgar con el cuerpo y la sangre de Jesús. Cuando, en el año 315, el emperador Constantino se convirtió al cristianismo y lo reconoció como religión oficial de su imperio, se puso “de moda” ser cristiano. Algunos por conveniencias políticas se llamaron cristianos. Fue así como “se abarató el producto”. Ser cristiano ya no fue de las “minorías perseguidas”, sino de la masa sin dificultades para conservar su fe. Se llegó hasta el colmo de que la Iglesia tuvo que poner un “precepto”: “Comulgar por lo menos una vez al año por Pascua”. Este mandato de la Iglesia denota que el fervor de los cristianos había descendido a gran escala.

¡Y pensar que todavía estamos en esa situación! A muchos cristianos hay que llevarlos “con grúa” para que se acerquen al sacramento de la comunión.

Renovación del sacrificio de Jesús

En la última cena, Jesús claramente, al consagrar el vino, dijo que era “su sangre que se derramaba en la nueva alianza por la salvación de los hombres” (Mt 26,26-28). A continuación añadió: “Hagan esto en memoria mía”. Es un “mandato” del Señor repetir lo que él hizo en la última cena. Por eso la Iglesia católica a diario renueva el sacrificio de Jesús en la cruz. San Pablo afirma que cuando comemos el cuerpo de Jesús y bebemos su sangre, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva (1Co 11,26).

En los sacrificios que se realizaban en el Antiguo Testamento, se escogía un cordero sin mancha. La persona que lo llevaba, ponía sus manos sobre el cordero para indicar que se identificaba con aquel animalito. Parte de la víctima se quemaba y se convertía en humo que ascendía —oración—. Otra parte era comida por la familia que llevaba el cordero. Así el sacrificio quedaba completo.

Lo que les falta a muchos de los que participan en la eucaristía es completar el sacrificio: participar del cuerpo y de la sangre de Jesús. Si alguien es invitado a una cena, no se presenta sólo para “ver” comer. Lo triste del caso es que en la cena del Señor, los días domingos, la mayoría, va “a ver”; pero a la misa no se acude “a ver”, sino a “participar”.

Pasos graduales

No se trata de improvisar algo, de acercarse a comulgar casi automáticamente. Toda la liturgia de la misa va llevando a las personas gradualmente hacia su encuentro íntimo con el Señor. Se inicia enfrentando al individuo con su “yo” por medio de la “oración de perdón”. Luego viene la lectura de la Biblia, a través de cuyas palabras el Espíritu Santo entra en acción y vuelve a “convencer de pecado” para luego “llevar a toda la verdad”. En la “homilía” el sacerdote explica y exhorta a vivir esas palabras que se acaban de escuchar. Viene luego un momento muy desperdiciado por los fieles. Es el de las “peticiones”. Se leen unas cuantas peticiones escritas, pero los fieles se dejan llevar por su “respeto humano” y desaprovechan esta oportunidad para presentar sus súplicas a Dios, olvidando la promesa de Jesús de que cuando dos o tres están reunidos en su nombre, allí está él. Este momento de las “peticiones” todavía tiene que ser más comprendido y aprovechado.

Durante el “ofertorio” no se trata simplemente de presentar pan y vino; es la persona misma que se ofrece a Dios. Ofrece sus cosas. Algunos han tomado muy en serio la palabra “limosna”, y de veras que le dan una “limosna” a Dios, porque escogen la moneda más pequeña para ofrecérsela. Se llega a la “consagración”. El sacerdote vuelve a repetir los gestos y las palabras de Jesús en la última cena. Viene el momento de la “comunión”.

Comulgar es creer firmemente que nos estamos uniendo con Jesús. No con un Jesús histórico y pasivo, sino con un Jesús vivo que continúa siendo “el mismo de ayer, de hoy y de siempre”. Al

comulgar, alguien podrá escuchar las palabras del Señor: “Hombre de poca fe, ¿por qué temes?”. Otro oír que Jesús le dice: “Tus pecados te son perdonados”. Como el paralítico, alguien más recibirá la orden: “Toma tu camilla y vete a tu casa”. Ese es el Jesús vivo de la comunión, de la “común unión”, de Jesús con nosotros y de nosotros con Jesús.

No es nada fácil llegar a esta “verdadera” comunión. No hay que extrañarse. Los discípulos de Emaús caminan varios kilómetros con un “desconocido”, antes de poder tener comunión con él en la posada y reconocerlo al partir el pan.

¿Por qué no comulga?

Cuando se le pregunta a alguno que por qué no comulga, inmediatamente responde: “no me he confesado”. Tal vez sea una manera de salir del paso. Lo cierto es que lo único que nos impide recibir la sagrada comunión es algún pecado “grave” contra cualquiera de los diez mandamientos del Señor. Nosotros no acudimos a la comunión por ser “santos”, sino porque necesitamos que Jesús nos santifique.

Se cuenta del capitán de un barco que tenía muy mal carácter y que acostumbraba a participar en la misa todos los días. Un marinero que no lo veía bien, un día, le espetó: “¡Tan mal carácter que tiene, y comulga todos los días!”. Aquel capitán lo miró y le dijo: “Si no comulgara todos los días, ya lo hubiera echado a usted al mar”.

Nosotros no vamos a comulgar por ser “perfectos”. De sobra sabemos que somos débiles. Vamos a comulgar porque sabemos que Jesús es el pan de vida que nos alimenta y nos purifica.

Nos envían

Narra el primer libro de los Reyes que un día el profeta Elías tuvo un momento de crisis en su vida. Se deprimió. Se echó al suelo y pidió a Dios la muerte. Se quedó dormido. Alguien lo despertó; encontró un trozo de pan y agua. Comió y se volvió a quedar dormido. Lo despiertan de nuevo y escucha la voz de Dios que lo encara con su misión de profeta, y lo envía a seguir caminando y a hacerle frente a su misión.

Como Elías, muchas veces llegamos agobiados por el peso de las contrariedades. La comunión no es un “tranquilizante” que nos aparta de nuestros compromisos en el mundo. Todo lo contrario. Nos despierta y nos encara con nuestra misión profética.

La palabra “misa”, viene de un verbo latino: “mittere”, que significa enviar. Jesús no predicó únicamente: responsabilizó a sus discípulos de “ir” y “hacer discípulos”; los envió. Al terminar la misa, se nos envía al mundo: a la lucha, a las tinieblas, con la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo. La comunión es el alimento que Jesús nos proporciona, pero no para adormecernos, sino para despertarnos y enfrentarnos con fe y esperanza a nuestra misión en el mundo.

Hagan la prueba

A las personas que llegan con ideas no católicas acerca de la comunión, habría que decirles: “¡Hagan la prueba y ya verán!”. La comunión es una experiencia. Un cristiano que ha tenido de veras comunión con Jesús, como Elías, no podrá olvidar, ese sabroso pan que le renovó sus fuerzas y lo ayudó a llegar al monte Horeb, el monte de Dios.

El novelista Julien Green, observando a algunos cristianos mediocres que salían de la misa disipadamente, comentaba: “Vienen del calvario y hablan del tiempo”. Tenía razón. Si alguien ha tomado algunas copas de licor, todos lo notan: comienza a ponerse bonachón y parlanchín; es evidente el efecto del licor. Si alguien se ha alimentado de veras con el cuerpo y la sangre de Jesús, no puede sino salir brillando del templo y al mismo tiempo repitiendo: “Si el Señor está conmigo, ¿quién contra mí?”.

Reconciliación

Es muy común el caso de algunos que, llevados por prejuicios, un día dijeron: “Yo no me confieso con un hombre como yo”, y se alejaron del sacramento de la reconciliación. Un buen día, volvieron a sentir la necesidad de purificación espiritual y rememoraron la paz que en otro tiempo habían experimentado, al acudir al sacramento de la reconciliación; se decidieron a volver a experimentar la confesión, y redescubrieron la paz, el gozo que provienen del sacramento de la reconciliación.

en nombre de Dios y de la comunidad, si no conoce cuáles son esos pecados. Por otra parte, el mismo sacerdote, en nombre de Dios, debe “negar” la absolución de los pecados al individuo que se acusa de haber robado cien dólares y no quiere devolverlos. Es señal de que no está arrepentido y que, por lo mismo, no está haciendo una confesión sincera.

El apóstol Santiago captó muy bien el pensamiento de Jesús cuando escribió en su carta: “Confiesen unos a otros sus pecados y oren unos por otros para ser sanados”. “Confesar los pecados”, “rezar para ser sanados” es la enseñanza de Jesús y la tradición que la Iglesia católica ha sostenido a través de dos mil años, conservando el sacramento de la reconciliación.

Sólo a ellos

Cuando Jesús otorgó el ministerio de la reconciliación, no determinó en qué forma se debía llevar a cabo; sencillamente les entregó el ministerio del perdón a los apóstoles. Al principio las comunidades cristianas eran muy pequeñas; todos se conocían unos a otros; la confesión era “pública”. Únicamente se acusaban los pecados de homicidio, adulterio, robo y apostasía. Más tarde, cuando creció el número de las comunidades, se suavizó esta forma de confesión y se nombró a un representante de la comunidad —el obispo y más tarde el sacerdote— para que, en privado, escuchara la confesión y absolviera al penitente, sinceramente arrepentido, en nombre de Dios y de la comunidad. Hay que recordar que el hijo pródigo de la parábola, al pedir perdón a su padre, dice: “He pecado contra el cielo y contra ti”. En estas palabras se expresa una gran realidad: Todo pecado ofende a Dios y a “alguno de la comunidad”; por eso no basta pedir perdón sólo a Dios, hay que pedirlo a la comunidad. El sacerdote —representante de la comunidad— perdona en nombre de Dios y de la comunidad.

La tarde de la resurrección, sólo estaban presentes los apóstoles en la habitación en donde se apareció Jesús. Sólo a ellos les dijo: “A quienes ustedes perdonen los pecados les serán perdonados y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”. Es por eso que la Iglesia católica únicamente reconoce a los sacerdotes el ministerio de perdonar los pecados. Jesús, al entregar el ministerio del perdón a los apóstoles, sabía muy bien que ellos no eran inmortales y que ellos lo transmitirían a sus sucesores. Así ocurrió.

También es común el caso de algunos que han creído que el confesionario es como una “lavadora automática”; en la lavadora automática se mete la ropa sucia, se introduce una moneda y todo está resuelto. A un confesionario no se va a dejar apresuradamente unos pecados para que el sacerdote “lo arregle” todo; la confesión debe ser el culmen de una sincera conversión, que desemboca en una confesión. No se trata entonces de algo “mecánico”, “automático”, sino de algo muy serio y comprometedor. Sólo de esta forma se pueden lograr los efectos del sacramento de la reconciliación.

Un gran regalo

El sacramento de la reconciliación es uno de los grandes regalos que el Señor nos dejó precisamente el día de su resurrección. Consta en el capítulo 20 del Evangelio de san Juan. Los apóstoles estaban escondidos en un cuarto; Jesús se les aparece y les entrega dos regalos: en primer lugar les dice: “Reciban el Espíritu Santo”. Después añade: “A quienes ustedes les perdonen los pecados, les quedan perdonados y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar” (Jn 20,23).

Mientras Jesús estaba en el mundo, él era el que perdonaba los pecados porque era Dios. Ahora que ya no iba a estar físicamente entre los hombres, entregó el “ministerio del perdón” a los apóstoles, para seguir perdonando el pecado de los hombres a través de sus ministros. El texto bíblico es muy claro: “perdonar y no perdonar”. El sacerdote no puede perdonar los pecados a un individuo

En efecto, los apóstoles ordenaron sacerdotes a algunos discípulos; tal el caso de Timoteo.

Nerviosismo del examen

Alguno dice: “Me siento muy molesto al tener que ir a confesar mis pecados ante el sacerdote”. Eso es muy explicable: a todos nos sucede que cuando cometemos una infracción de tránsito tenemos que hacer cola en una oficina pública y pagar una multa. Eso es muy molesto; pero no estamos allí por haber llevado a cabo una obra de heroísmo en favor de la ciudadanía, sino porque hemos cometido una infracción contra las leyes de tránsito y hemos causado algún problema a alguien. Lo mismo sucede al estudiante antes de someterse a un examen: Se siente inquieto, molesto; pero una vez que pasó esa prueba, experimenta, la alegría de saber que ha superado una etapa más en su vida y que pasa al curso superior. Así acaece con la confesión; hay algo dentro de nosotros que se revuelve: es nuestro orgullo herido; pero una vez que nos atrevemos a confesar sinceramente nuestros pecados, experimentamos vivamente lo que es el perdón de Dios, y entonces se esfuman todos los prejuicios contra la confesión ante un sacerdote.

Entre los “hermanos separados” se adversa mucho la confesión ante un sacerdote; pero en la práctica ellos están optando por realizar una especie de sacramento de la confesión. Se lee en libros, escritos por pastores protestantes, que a personas con conflictos espirituales las llevan a su oficina y las ayudan a “confesar sus pecados ocultos” de la vida pasada; luego juntos piden perdón a Dios. Los mismos pastores protestantes dan fe de los maravillosos resultados. Al respecto, algo muy interesante: el pastor protestante Kurt Koch es un doctor alemán; durante muchos años se ha dedicado al ministerio del exorcismo con éxito reconocido internacionalmente. En su libro “Entre Cristo y Satanás”, escribe lo siguiente: “En la Biblia la confesión de pecados es un acto natural y voluntario. Los cristianos protestantes a menudo se oponen a ello; sin embargo, en mi ministerio de consejero espiritual no he encontrado jamás un solo caso de una persona subyugada por el ocultismo que pudiera deshacerse de este poder sin la ayuda de una confesión” (op. cit., pág. 54. Editorial Clie, Barcelona, 1974).

Para nosotros los católicos esto no es novedad; es la experiencia de miles de años y de millones de personas que, al frecuentar el

sacramento de la reconciliación, cada vez más y más, dan gracias a Dios y a su Iglesia católica por este ministerio de perdón y santificación. Cuando el gran escritor inglés Chesterton se convirtió del protestantismo al catolicismo, le preguntaron por qué se había hecho católico, él contestó: “Para que fueran perdonados mis pecados; en ninguna otra religión se encuentra esta facilidad. Cuando hice mi primera confesión, bajé la cabeza, me hiqué y el mundo dio vuelta completa delante de mí. Al levantarme, sentí que me había encontrado a mí mismo”. Esta es una auténtica experiencia de la confesión.

Teléfono público

Cuando alguien tiene una emergencia, inmediatamente acude a cualquier teléfono público; no importa si el teléfono es de color rojo, amarillo o verde; si está manchado o muy limpio; lo que necesita con urgencia es comunicarse con alguien para pedir ayuda. A la confesión se va ante un “instrumento” de Dios; no nos interesa —ni nos debe interesar—, si el sacerdote es muy santo o menos santo: al confesionario se acude para servirse de un instrumento del Señor para pedir perdón a Dios y a la comunidad. Propiamente a un confesionario no se va a recibir una “dirección espiritual” en todo el sentido de la palabra, ni a pedir palabras de consuelo. Al confesionario se va a acusar los pecados; eso hay que advertirlo, pues algunos quedan “frustrados” por no recibir “dirección espiritual” o “palabras de consuelo”. Eso no quiere decir que, en alguna oportunidad, no se pueda aprovechar la confesión para una dirección espiritual. Pero hay que recalcar que lo esencial de la confesión no es la dirección espiritual, que pueda dar el confesor, o las palabras de consuelo que él pueda proporcionar, sino el arrepentimiento sincero del penitente, su acusación de pecado, su propósito de enmienda y la absolución del sacerdote.

Haga la prueba

Un militar francés, antes de partir a la guerra, acudió al sabio obispo Dupanloup y le dijo: “Padre, yo deseo que usted me convenza de la necesidad de confesarme antes de ir a la guerra”. “No, —le dijo el sacerdote— confíesese primero”. “No, padre; tiene que convencerme”. “No; confíesese primero”. Aquel militar se confesó,

lloró, recibió la absolución. El obispo, sonriente, le preguntó: ¿Quiere que discutamos acerca de la confesión? “No, padre; ya no hace falta”. A muchos les sucede así; antes de confesarse, alegan: “Yo no me confieso con un hombre como yo”; pero una vez que se confiesan y experimentan el perdón de Dios, entonces se diluyen todos los prejuicios. Aquí se cumple lo que afirma san Juan en su primera carta: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos”. (1Jn 1,9).

Es promesa de Jesús: cuando arrepentidos confesamos nuestros pecados, él nos concede el perdón, Jesús aseguró que “no había venido para los sanos, sino para los enfermos”. Por medio de la parábola del hijo pródigo ilustró en qué forma se hace fiesta en la casa del “papá Dios”, cuando un hijo pródigo vuelve a la casa.

Jesús no quiso llevarse consigo el ministerio del perdón: lo entregó a los apóstoles para que ellos lo transmitieran a sus sucesores. Es por eso que disponemos del gran regalo del sacramento de la reconciliación.

Como el buen ladrón

El buen ladrón estaba crucificado junto a Jesús; al principio lo insultaba, rehusaba aceptar que era malo; seguramente la presencia santificadora de Jesús lo hizo cambiar: primero aceptó que era pecador; confesó sus pecados; le dijo al otro ladrón: “Nosotros somos culpables; pero éste es justo”. Luego de confesar su pecado, pidió ayuda a Jesús a quien reconoció como Señor cuando le dijo: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. El perdón de Jesús no se hizo esperar; en ese momento se cumplió la promesa que se encuentra en la 1a. carta de san Juan: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos” (1Jn 1,9).

En la escena del buen ladrón se dan todos los elementos esenciales de una confesión: el reconocimiento de pecado, el arrepentimiento sincero, la confesión, la oración de Jesús y la absolución de los pecados. En el sacramento de la reconciliación se repite lo mismo: comenzamos por aceptar que hemos violado lo que Dios manda; nos arrepentimos, acudimos al representante de Dios y de la comunidad para que se cumpla la promesa de Jesús: “A quienes ustedes les perdonen los pecados, les serán perdonados y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”. Como el buen ladrón, recibimos la absolución de nuestro pecado; Jesús vuelve a

decirnos como al ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”; o como a Zaqueo: “Hoy ha llegado la salvación a tu casa”, o como a la mujer adúltera: “Vete en paz y no vuelvas a pecar”.

San Pablo, en su carta a los filipenses, escribió: “Lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está adelante” (Flp 3,13). Pablo había sido pecador; pero ya se había olvidado de todo eso; había aceptado el perdón de Dios; ahora sencillamente sólo veía hacia adelante. Muchas personas no se han querido perdonar ellas mismas; Dios ya las perdonó, cuando arrepentidas confesaron sus pecados; pero ellas terca-mente insisten en soportar esa fatídica carga de sus pecados del pasado. El Señor quiere que “se perdonen” ellas mismas, que confíen en el perdón de Dios que “es fiel y justo para perdonar y limpiar” (1Jn 1,9).

Zaqueo —el malvado Zaqueo— un día confesó sus pecados delante de Jesús y de la comunidad que lo estaba rodeando. Confesó que había sido ladrón; pero que se arrepentía. En ese momento Jesús le dijo: “Hoy llegó la salvación a esta casa”. Efectivamente llegó la transformación de Zaqueo y llegó la paz a su alma. Y nunca más volvió a recordar ese pasado porque aceptó el perdón de Dios.

La mano de Jesús

Todo sacramento tiene un signo que significa lo que se está obrando en el individuo. En el sacramento de la reconciliación, la mano levantada del sacerdote es la misma mano de Jesús que vuelve a perdonar; la mano de Jesús, que se perpetúa en los sacerdotes, para continuar el ministerio del perdón en el mundo. “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Esa mano, levantada sobre el penitente, es la misma mano de Jesús sobre la mujer adúltera: “Hija, no te condeno; vete en paz y no vuelvas a pecar”. “Vete en paz” es la palabra de orden de Jesús; es la invitación a aceptar el perdón, que él brinda, y sus frutos de paz para la mente y el corazón. Por eso decimos que el sacramento de la reconciliación es uno de los grandes regalos que el Señor nos ha dejado y que nunca podremos agradecer suficientemente.

En la vida nos hemos equivocado muchas veces; hemos pecado, y, lastimosamente, nos seguiremos equivocando muchas veces más.

Afortunadamente los brazos del Señor permanecen siempre abiertos, y la puerta de su casa no se cierra nunca. Jesús nunca deja de repetir: "Pasa adelante; esta fiesta la he preparado para ti; porque el hijo, que se había perdido, ha regresado; pasa adelante".

Unción de los enfermos

La enfermedad es un momento crítico en la vida de todo individuo. El dolor, a veces, llega a debilitar la mente y viene entonces la desconfianza en uno mismo, en los demás y, ¿por qué no decirlo?, la desconfianza en Dios. Fue en uno de estos momentos críticos cuando el santo Job dijo: "¿Por qué al salir del vientre no morí y no perecí al salir de las entrañas?" (Jb 3,11). El enfermo llega a sentirse una "carga" para su familia; por eso debe ser ayudado por la comunidad por medio del sacramento de la unción de los enfermos. Jesús se hace presente junto a la cama del enfermo para fortalecerlo, para consolarlo, para curarlo.

Dios nos manda la enfermedad

Es preciso esclarecer algunas ideas acerca de la enfermedad. Algunas personas dicen: "Dios me mandó esta enfermedad". Pero eso es incorrecto: Dios no manda enfermedades. El Evangelio muestra a Dios como un "papá" bueno; un buen padre nunca busca la enfermedad para su hijo. La enfermedad es el mal del mundo que se nos acerca; y en ese mal momento, el Señor está junto a sus hijos para fortalecerlos y ayudarlos a enfrentarse al mal.

En el profeta Isaías se exponen las señales de la manifestación de Jesús, el Mesías: "Los ciegos ven, los cojos caminan, los sordos pueden oír" (Is 35,5-6). Cuando Jesús se presentó en la sinagoga, aseguró que "venía para curar los corazones oprimidos, para romper las cadenas" (Lc 4,18-19). La presencia de Dios junto a nosotros es para luchar contra el mal.

Jesús fue implacable ante la enfermedad; cuando unos emisarios de Juan Bautista se le presentaron y le preguntaron: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?", Jesús no hizo un discurso; sencillamente les respondió curando a muchos enfermos que estaban allí. Esas eran las señales que Isaías había profetizado acerca del Mesías. San Mateo cuenta que Jesús recorría Galilea enseñando, proclamando la buena noticia y curando a "todos" los enfermos (Mt 4,23). Galilea es muy grande, y Jesús, al mismo tiempo que enseña, cura. Jesús no lleva la enfermedad, sino que "cura" la enfermedad.

Jesús exige fe a las personas que se acercan a él. En san Mateo encontramos el caso de un capitán que va a Jesús a pedir por su

serviente, que está gravísimo. Jesús le responde en una forma bastante rara: "Vete a tu casa y que se haga conforme a tu fe"; le puso una prueba de fe; afortunadamente aquel hombre la superó y comprobó la verdad de lo que Jesús le había asegurado (Mt 8,13).

En san Marcos Jesús baja del Monte Tabor, acompañado de tres apóstoles, y se encuentra con que los demás discípulos están en apuros: un papá les llevó a su hijo epiléptico para que lo curaran, y los discípulos no lograron curarlo. El papá, enojado, le dice a Jesús: "Lo traje a tus discípulos y ellos no han podido". Jesús los reprochó, diciéndoles: "Gente sin fe ¿hasta cuándo tendré que estar con ustedes?". Otra traducción dice: "¿Hasta cuándo tendré que soportarlos?". Fue un reproche muy duro. Aquel hombre se animó y le dijo a Jesús: "Si quieres, tú puedes sanarlo". Jesús le respondió: "¿Cómo que si puedo? Todo es posible al que tiene fe". Aquel hombre replicó: "Señor, yo creo; ayúdame a creer". Es lo que tantas veces debemos pedir: que se nos ayude a creer. La oración nos acerca a Jesús, quien aumenta nuestra fe para que podamos creer que él nos puede curar.

Ministerio de sanación

Jesús quiso perpetuar su ministerio de sanación por medio de los discípulos. Se dice en el capítulo décimo de san Lucas que Jesús envió a sus discípulos a llevar salud, a curar; no envió sólo a los doce apóstoles, sino a 72 discípulos, y les dio esta orden: "Sanen a los enfermos que haya y díganles: El reino de Dios ya está cerca de ustedes".

Los apóstoles y los discípulos, desde el principio, comenzaron a poner en práctica esta orden de Jesús porque no fue un "consejo" el que les dio Jesús, sino un "mandato" expreso. Apunta san Marcos: "Salieron a predicar la conversión, sacaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban" (Mc 6,12).

Santiago en su carta tiene un texto muy específico, que la Iglesia lo ha insertado en el rito de la unción de los enfermos: "Si alguno está enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y, en el nombre del Señor, le unjan con óleo, y cuando oren con fe, el enfermo sanará y si ha cometido pecados, le serán perdonados" (St 5,13-15). Aquí está descrito lo que debe ser el rito de la unción de los enfermos. Esta ha sido siempre la tradición de

la Iglesia y permanece como “un mandato” de Jesús para todos nosotros.

Antes, al sacramento de la unción de los enfermos se le llamaba “extremaunción”; no era adecuado el nombre; por eso en la reforma litúrgica se le ha llamado “unción de los enfermos”; más adecuado y en consonancia con lo prescrito en la carta de Santiago: “Llamar a los presbíteros para ungir a los enfermos y orar por su salud”.

Durante la enfermedad, el enfermo piensa demasiado en la muerte; muchas dudas asaltan su mente; la comunidad, con su presbítero, como buenos samaritanos, llegan a ungir con aceite a aquel individuo atribulado por su dolor, por su enfermedad. El aceite en la antigüedad era una buena medicina; en la Biblia es símbolo de la fuerza que da el Espíritu Santo. A través de la unción de los enfermos, Jesús como el buen samaritano, se acerca a la cama del enfermo, para llevarle consuelo, fortaleza y salud. Algunas personas, muy equivocadamente, en estos momentos críticos de los enfermos, dicen: “No llamen al padre porque se va a asustar el enfermo”. Prejuicio sin sentido cristiano. Muchos por este prejuicio han dejado morir a sus enfermos sin el consuelo y los efectos de la oración de fe.

Hay que recordar esencialmente que no es preciso esperar a que llegue el sacerdote para orar por el enfermo. Todo cristiano debe recordar que él mismo pertenece a un “pueblo de sacerdotes”, que su oración en familia es de un valor incalculable para la salud espiritual y física del enfermo.

Medicina y médico

En el capítulo 38 del libro del Eclesiástico hay unas ideas muy claras acerca de la salud, de la enfermedad y del médico; dice así: “Respetar al médico por sus servicios, pues también a él lo instituyó Dios”... “Dios hace que la tierra produzca sustancias medicinales y el hombre inteligente no debe despreciarlas”. En el mismo capítulo se detalla un programa a seguir en el momento de la enfermedad: “Hijo mío, cuando estés enfermo, no seas impaciente, pídele a Dios y él te dará la salud; huye del mal y de la injusticia, purifica tu corazón de todo pecado, ofrece a Dios sacrificios agradables y ofrendas generosas de acuerdo con tus recursos; pero llama también al médico, no lo rechaces, pues, también a él lo necesitas. Hay momentos en que el éxito depende de él, y él

también se encomienda a Dios, para poder acertar en el diagnóstico”. Un programa muy concreto para el momento de la enfermedad. Se recomienda la oración, la purificación de pecado; presentar ofrendas generosas y contar con la ayuda del médico, que es instrumento de Dios.

Cuando se habla de la unción de los enfermos no hay que pensar sólo en los otros, también nosotros podemos enfermarnos; se nos puede debilitar la mente, podemos estar llenos de dudas; por eso mismo hay que estar preparados para pedir a tiempo la unción de los enfermos. Habrá un momento en que nos sentiremos como caídos a la vera del camino, y, con humildad, debemos reconocer la necesidad de que los buenos samaritanos vayan a ungirnos con aceite.

La soledad

El Evangelio narra el caso de un pobre enfermo junto a una piscina. Jesús llega y aquel individuo le dice: “No tengo quién me empuje cuando se mueven estas aguas”. Este individuo, rodeado de tanta gente, sin tener a nadie que lo empuje hacia las aguas, representa la soledad del enfermo que empieza a dudar de todo y de todos, que tiene desconfianza de sí mismo y de los demás, y que necesita precisamente ser “empujado”, en esos momentos tan críticos de su vida, hacia las aguas del sacramento de la unción de los enfermos.

“Si alguno está enfermo —nos manda Santiago— llame a los presbíteros de la Iglesia para que lo unjan con aceite, y la oración de fe salvará al enfermo y, si hubiere cometido pecados, le serán perdonados”. Es una “orden” terminante: aquí no valen sentimentalismos o vanos prejuicios; no se puede fallar al enfermo en esos momentos, tal vez, contados de su vida.

Matrimonio

Con frecuencia se escucha la broma de algunos que dicen que el matrimonio es como la "Divina Comedia" al revés. La Divina Comedia del poeta Dante tiene tres partes: infierno, purgatorio y cielo. Los bromistas afirman que el matrimonio *comienza con un cielo, sigue un purgatorio* y termina en un infierno. Esta broma denota algo trágico que está minando nuestra sociedad: la crisis en los matrimonios, que está dando por resultado un sinnúmero de personas frustradas y de hijos con serios traumas. Impresionante el dato de un siquiatra de los Estados Unidos que afirma que el 75% de los matrimonios de ese país son desdichados. Es algo que verdaderamente asusta.

Hay algo particular en este sacramento con respecto a los demás sacramentos. En el bautismo el ministro ordinario es un sacerdote; en la eucaristía es un sacerdote como en la reconciliación. En la confirmación es un obispo. En el matrimonio, en cambio, los ministros del sacramento son los mismos novios. Son ellos los que "se casan"; el sacerdote no los casa; el sacerdote únicamente es representante de la Iglesia, un testigo.

El casamiento de los dos novios se verifica de una manera muy sencilla, por medio de una de las palabras más pequeñas de nuestro vocabulario: un "Sí", que ellos se han venido repitiendo el uno al otro muchas veces, y que finalmente han decidido pronunciarlo como juramento para toda la vida. Por eso escogen la casa del Señor para ese instante tan trascendental de su vida, y, por eso mismo, invitan a un sacerdote para que sea testigo de parte de la Iglesia. Además en ese momento quieren estar rodeados de sus familiares y amigos más íntimos porque van a llevar a cabo uno de los actos más importantes de su vida.

Una entrevista

En el capítulo 19 de san Mateo se conserva una curiosa entrevista que los fariseos le hicieron a Jesús acerca del divorcio. Jesús, ante todo, les hizo ver que Moisés se había visto presionado por las circunstancias de su época para conceder el divorcio; pero que en los planes de Dios, al principio del mundo, el divorcio no entraba. Jesús citó las palabras del libro del Génesis: "Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne". Además, Jesús hizo su propio comentario: "Por tanto no separe el hombre lo que Dios ha unido".

La estadística actual de divorcios es algo impresionante. Son innumerables las personas frustradas después de un fracaso matrimonial, y son muchos los hijos con serios traumas debidos muchas veces, a la inmadurez e irresponsabilidad de sus padres.

Este delicado problema urge analizarlo con más profundidad desde un ángulo posible: psicológico, sociológico, teológico. Recojamos aquí algunas consideraciones desde un punto de vista religioso.

Algo sagrado

Nosotros conceptuamos el matrimonio como un sacramento, algo santo, algo sagrado. En la Biblia se lee que, al principio, Dios creó al hombre; pero, a pesar que lo rodeaban muchas cosas, había soledad en su corazón. "No está bien que el hombre esté solo" —dijo Dios—; y le regaló una compañera. Según las palabras de la Biblia, para que fuera una "ayuda adecuada". Vibró entonces el primer poema de amor en el mundo; Adán exclamó: "¡Esta sí que es carne de mi carne!". Añade la Biblia: "Hombre y mujer los creó; los bendijo y les dijo: Crezcan y multiplíquense".

Cuando la Iglesia celebra un matrimonio, pretende repetir la escena bíblica de la bendición de Dios para el hombre y la mujer. Una comparación puede ayudar a comprender mejor en qué consiste el sacramento del matrimonio. Cuando comienza una misa, al lado del altar hay un panecillo de harina —la hostia—; llega el momento de la consagración; el sacerdote repite las mismas palabras de Jesús en la última cena; entonces aquel pan queda consagrado: es el cuerpo de Jesús. Con nuestra fe así lo creemos. Los novios llegan al pie del altar, hacen su voto matrimonial ante Dios, y, en ese momento, se convierten en "algo sagrado"; han consagrado su amor el uno al otro ante Dios para toda la vida. Por eso afirmamos que el matrimonio es un sacramento; la repetición de lo que Dios consagró en el principio.

Para llegar al sacramento del matrimonio debe existir la base de un serio noviazgo, período de conocimiento mutuo de los novios y de reflexión delante de Dios. Es común que el período del noviazgo se caracterice, muchas veces, por romanticismos banales y por una serie de descuidos y liviandades que de ninguna manera contribuyen a la seriedad que requiere el noviazgo como paso previo hacia el matrimonio.

Es un contrasentido que los novios pretendan la bendición de Dios para llegar a un buen matrimonio, si su noviazgo se caracteriza por faltas que precisamente van contra la voluntad de Dios. Mientras no haya noviazgos serios, se reportarán serios problemas en los matrimonios.

Secreto para la felicidad

San Pedro, según se desprende del Evangelio, en un tiempo fue casado; con la experiencia de quien ya ha vivido en matrimonio, Pedro presenta un bello programa para la felicidad del hogar. "Tengan —dice— un mismo pensar y un mismo sentir con afecto fraternal, con ternura, con humildad" (1P 3,8-9). Hay que principiar con lo último: para tener "un mismo pensar y un mismo sentir", es indispensable la humildad; saber morir al propio egoísmo, saber perdonar día a día y no ir archivando en lo profundo de la subconciencia todo un sinnúmero de páginas negras y de malos recuerdos, que impiden amar y alejan a marido y a mujer.

Cuando san Pablo indica que el marido debe ser la "cabeza" de su hogar no está propiciando alguna "teoría machista", como algunos han querido entender: el mismo san Pablo es quien explica su afirmación cuando dice: "El esposo debe amar a su esposa como Jesús amó a su Iglesia y se entregó por ella". "Ser cabeza" del hogar, entonces, en el pensamiento bíblico, no es "hacer y deshacer" a su antojo, sino tomar la gran responsabilidad de ir adelante de la esposa y de los hijos, entregarse por ellos para que puedan realizarse en la vida y ser felices.

Son muchos los hogares infelices. Pero la infelicidad no era la meta de los ilusionados novios el día que se acercaron al altar para sellar su compromiso. Lo triste del caso es que de los hogares mal avenidos saldrán los hijos mártires que llegarán al mundo para sufrir por la inconsecuencia y la inmadurez de sus padres.

El capítulo 19 de san Mateo refiere que en cierta oportunidad los apóstoles comentaron con Jesús las grandes responsabilidades

que conlleva el matrimonio y le dijeron: "Señor, entonces es mejor no casarse". Jesús puntualizó: "No todos pueden con eso, sino los que han recibido ese don". Según Jesús, Dios concede una gracia especial para los que son llamados a la vida matrimonial; esto muy claramente patentiza que sin esa gracia es imposible poderse desempeñar bien en el matrimonio. ¿No será esta gracia de Dios la que les está faltando a muchos matrimonios? Un día los novios llegaron ante el altar, pidieron la bendición de Dios; pero es muy posible que se hayan olvidado que esa bendición es como una lámpara de aceite a la que hay que estarle renovando el aceite para que no se apague. Un día pidieron la bendición de Dios en su matrimonio; pero dejaron que se apagara esa luz que se les había regalado.

Dice el Salmo 127: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles". Infinidad de casados son como albañiles cansados que en vano luchan por levantar el edificio de la armonía en su hogar sin conseguir nada. El motivo es porque ellos trabajan solos; en su vida no cuenta el Señor como el gran edificador de la felicidad.

El Salmo 128 augura a los esposos las mejores bendiciones que todos desearían para su propio hogar: dice el Salmo: "Feliz tú que honras al Señor. Comerás del fruto de tu trabajo, serás feliz, te irá bien. En la intimidad de tu casa, tu mujer será como una vid cargada de uvas; tus hijos, alrededor de tu mesa, serán como retoños de olivo. Así bendecirá el Señor al hombre que le honra". Muy claramente está expresado en este salmo que esta bendición envidiable no es para todos: es sólo para el que "honra al Señor". "Honrar al Señor", en la Biblia, significa darle el "primer lugar" en todo. Y ese primer lugar es el que Dios no tiene en muchos hogares en donde se le relega al cuarto y quinto lugar, o a ser un desconocido.

Los constructores de la torre de Babel pretendieron construir su torre independientemente de Dios. Dice la Biblia que no pudieron vivir juntos; se confundieron sus lenguas, tuvieron que separarse. Confusión es lo que se encuentra en muchos hogares; habría que revisar sinceramente si no será que se intenta construir ese hogar sin la bendición de Dios.

Jesús dijo que una casa se puede construir sobre roca o sobre arena. Al hombre que construye su casa sobre roca, Jesús lo llama "prudente"; al que construye su casa sobre arena, lo llama "necio". Algunos hogares tienen una "fachada" muy atrayente y es fácil creer que allí reina la felicidad; pero resulta que al primer temblor se derrumban. Estaban contruidos sobre arena.

Construir sobre la roca, según Jesús, es construir sobre sus mandamientos, sobre su palabra, Jesús no promete que no habrá ventarrones y tempestades; pero, eso sí, asegura que la casa construida sobre la roca no se derrumbará nunca.

El que construye sobre la roca, que es Jesús, es un hombre "prudente"; para él son las bendiciones que promete la Biblia. El que construye su casa a espaldas del Señor, está construyendo sobre la arena, es un "necio", y, tarde o temprano, experimentará en su vida lo que significa Babel, es decir, confusión, frustración.

¿Crisis en nuestros hogares?

En la novela española "El Diablo Cojuelo", hay un personaje que va por encima de los tejados de las casas levantándolos y observando lo que hay adentro. Si nosotros tuviéramos la misma cualidad y pudiéramos ir observando lo que sucede en la intimidad de muchos hogares, tal vez, quedaríamos asombrados al ver tanta amargura, tanta desilusión, tanto sentido de frustración. No cabe duda que un cáncer muy terrible está carcomiendo nuestros hogares. Los está destruyendo.

¿Qué estará pasando? Es que al principio, cuando Dios creó la familia, como algo sagrado, puso leyes y normas para la felicidad de esa familia, pero al quebrantarse esas normas, todo se viene abajo. Lo que antes era gozo y paz ahora se ha convertido en amargura.

Es necesario revisar algunas cosas a la luz de las sabias palabras de la Biblia. Allí se pueden descubrir pistas muy decisivas para reencontrar el sendero secreto que devuelva la paz a los hogares hoy tan convulsionados.

En la carta a los Efesios (5,23) se lee: "El esposo es la cabeza de su esposa como Cristo es la cabeza de su Iglesia". Algunos hombres piensan encontrar un eco a su "espíritu machista" en esta frase de san Pablo. Pero aquí no se habla de una "superioridad" del hombre con respecto a la mujer, sino que se hace resaltar que Cristo como cabeza de su Iglesia dijo que no venía a ser servido sino a servir. Por eso les lavó los pies a los apóstoles. En toda sociedad bien organizada, no pueden mandar dos al mismo tiempo. Al hombre por su misma sicología, se le ha escogido para llevar sobre sus hombros esa tremenda responsabilidad de ser la "cabeza de un hogar". De ir adelante abriendo brecha para Su esposa y para sus hijos. Por tanto la frase de Pablo no va en la línea del "machismo latinoamericano", sino más bien apunta a una responsabilidad muy dura que debe asumir todo marido.

En la primera carta de Pedro (3,7), se lee: "Esposos, denles a sus esposas el honor que les corresponde". Pedro había sido casado, conocía muy bien lo que era un hogar. Y realza precisamente ese lugar privilegiado de la mujer dentro del hogar.

Durante el noviazgo, cuántas atenciones hacia la mujer. El novio se deshace en amabilidad; abría con cuidado la puerta del carro para que entrara la novia. Ahora se mete apresuradamente en su vehículo y le grita a la esposa: "Apúrate, si no te dejo". Los tiempos han cambiado; pero ¡qué bueno sería resucitar aquella costumbre de llegar con un regalito —no importa su valor—; de esgrimir algún piropo de los de antes, de invitar a la esposa a salir aunque sea a tomar una taza de café! Cosas muy pequeñas, pero que evitarían grandes problemas. Por otra parte, la sicología de la mujer está reclamando a gritos estas pequeñas atenciones. Tal vez por su mismo orgullo femenino no lo expresa, pero desde el fondo de su corazón lo pide con insistencia. La misma carta a los efesios (5,6) dice: "Esposos amen a sus esposas como Cristo amó a su Iglesia y dio la vida por ella". La manera de amar de Jesús como esposo de su Iglesia es sacrificarse por ella. El verdadero amor no consiste en pensar cómo me puede hacer feliz a mí una persona, sino cómo puedo yo hacer feliz a esta persona; cómo puedo sacrificarme por ella para que se sienta mejor, más realizada en la vida.

Retrato de mujer

La Biblia está llena de frases que encomian las cualidades y bondades de la mujer. Tal vez uno de los libros sobresalientes al respecto es el libro de los Proverbios. Algunos versos del capítulo 31 son los siguientes: "Mujer ejemplar no es fácil de hallarla. De más valor es, que las perlas. Su esposo confía plenamente en ella. Brinda a su esposo grandes satisfacciones todos los días de su vida... Se reviste de fortaleza y con ánimo se dispone a trabajar... Habla siempre con sabiduría, y da con amor sus enseñanzas... Sus hijos y su esposo la alaban y le dicen: Mujeres buenas hay muchas; pero tú eres la mejor de todas".

No basta que estas bellísimas frases estén consignadas en la Biblia; cada mujer debería esforzarse por ser un reflejo de las mismas.

Cuando eran novias se arreglaban primorosamente, y eran todo finura. Pero ahora regresa el marido al hogar y ni siquiera lo salen a recibir con un beso de afecto y, tal vez, no piensan que su marido llega de la calle donde vio y trató con mujeres bellas y muy bien presentadas y que no es conveniente que la encuentre a ella mal peinada y descuidada en su arreglo personal. Esto no convida a la emoción del marido por su mujer. La Biblia les dice a los maridos: "Maridos, amen a sus esposas como Cristo ama a su Iglesia"; pero la mujer debe cooperar para que ese amor se haga cada vez más palpable y no decaiga.

Es muy conveniente también que la esposa reflexione acerca de su conversación con el marido. Es tedioso en extremo para un esposo, que vuelve cansado, y a veces frustrado de su trabajo, encontrarse con una esposa que sólo sabe hablar de pañales y de pleitos de cocina. ¡Cómo habría que resucitar aquellos sabrosos diálogos del noviazgo —tan interminables!

Salomón escribió: "Es mejor vivir en el desierto que con una mujer rencillosa e iracunda". La mujer con facilidad se llega a aburrir con su cotidiana tarea, tan monótona, y se vuelve quejosa. Sin darse cuenta puede contagiar a sus hijos y a su esposo este nerviosismo. La Biblia dice que ella debe infundir fortaleza en su hogar. También es muy notorio que así como el hombre olvida con facilidad pequeños detalles de cortesía, así también la mujer retiene —a veces por muchos años— rencores que se anidan en su corazón y que bloquean las relaciones íntimas con su esposo y matan paulatinamente el amor.

Las esposas con frecuencia deberían meditar sobre el capítulo 31 del libro de los Proverbios para que ese bello "retrato" de mujer fuerte se hiciera cada día más realidad en cada una de ellas.

Los hijos

Modernamente se habla de producir hijos en probeta, en un laboratorio. Pero nosotros sabemos que los verdaderos hijos son el producto del amor de papá y mamá, no de la química y la biología. Los padres no traen a sus hijos al mundo para que sean felices, sino que, con paternidad responsable, se comprometen a buscar su felicidad y a ser colaboradores del plan de Dios para cada ser humano.

Educar a un hijo es una hazaña. Sobre todo a un hijo joven. En estos difíciles tiempos, da lástima que muchos padres están como desorientados. No saben encontrar el camino del equilibrio, para no ser unos tiranos, pero tampoco para no ser débiles en la educación de los hijos. El libro del Eclesiástico tiene normas muy sabias. Recordemos algunas del capítulo 30: "El que mima a sus hijos, después tendrá que vendarle las heridas, y al oírlo gritar, se le partirá el corazón"... "Caballo sin amansar se vuelve terco, e hijo dejado a sus anchas se desboca... Sé blando con tu hijo y te hará temblar". ¡Cómo es necesario que los padres no se den por vencidos! Que no suelten el timón de la nave —algunos ya renunciaron a él—; de otra suerte esa nave va a la deriva. En esta misión —que es una verdadera hazaña— es tan importante hacerles comprender a los hijos jóvenes que los papás tienen las mejores intenciones, que buscan darles lo mejor para su futuro. Que si les tienen la rienda corta —como dice el libro del Eclesiástico—, es por su bien... También hay que enseñar a los hijos a pedir diariamente a Dios que les conceda prudencia y sabiduría a sus padres, y recordarles aquella bella promesa que hay para los hijos: "Honra a tu padre y a tu madre, para que seas feliz y tengas una larga vida sobre la tierra" (Ef 6,2).

Si el Señor no construye...

Todo esto sería una vana ilusión si no se contara con la ayuda que viene de lo alto: con el poder del Señor. Bien dice el salmo 127: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles". La felicidad de un hogar no puede prescindir de la presencia de Dios.

No es extraño que los esposos se sonrían cuando se les pregunta si rezan juntos, como si fuera algo raro: debería ser lo más normal que marido y mujer —tomados de la mano— oraran diariamente. ¿Romanticismo utópico? No; una necesidad vital. ¿Qué de raro hay en que marido y mujer oren juntos por su niño enfermo o por el joven que está siendo vapuleado por el ambiente infectado de negativismo religioso?

San Juan Crisóstomo decía que todo hogar debería ser como una pequeña Iglesia. Algo sagrado. A algunas familias, les está resultando de gran poder espiritual el reunirse alrededor de la mesa después de haber cenado para leer una página de la Biblia y hacer una oración familiar, con espontaneidad, según las circunstancias... Si algunas familias no tienen esta recomendable costumbre, es muy bueno que comiencen... Al principio habrá algunas dificultades. Pero no saben ¡qué bendiciones tan grandes atraerán sobre su familia!

En momentos de crisis espiritual en el pueblo judío, cuenta el Libro de Josué, que el pueblo estaba tambaleando con respecto a su religión. Fue entonces cuando Josué dijo: "Mi familia y yo serviremos al Señor" (Jos 24,15). Eso es lo que se les está pidiendo, en estos momentos de crisis mundial, a los padres de familia; que cierren filas, que protejan su hogar, que se den cuenta de que "si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles".

Orden sacerdotal

Muchos cristianos ignoran que ellos también son sacerdotes; tal vez no han meditado detenidamente en la primera carta de san Pedro, en donde con claridad se afirma: "Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del Rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, y esto es así para que anuncien las maravillas de Dios. El cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa" (1P 2,9). Dice san Pedro que somos "un pueblo de sacerdotes". Sacerdote es alguien que está consagrado para ofrecer sacrificios a Dios. Todo cristiano ofrece a Dios todas sus cosas; por eso pertenece a un pueblo de sacerdotes. San Pablo describió la Iglesia como un "cuerpo" del cual Jesús es la cabeza. En ese cuerpo todos tenemos distintos ministerios, encargos, oficios y dones. En la Iglesia todos "participamos" del sacerdocio de Jesús, que es el sumo y eterno sacerdote del Nuevo Testamento.

Con autoridad y poder

En el cuerpo místico de Jesús unos específicamente han sido “consagrados” para servir a la comunidad como sacerdotes; a esto se le llama el “sacerdoció ministerial”; los demás fieles tienen el “sacerdoció común”. Todos somos sacerdotes.

Cuenta el evangelista san Lucas que Jesús pasó toda una noche en oración y que, al día siguiente, de entre todos los discípulos, escogió sólo a doce (Lc 6, 12-13). Ellos lo siguen a todas partes, aprenden su doctrina, hasta sus gestos, para quedarse en lugar de él cuando Jesús ya no esté físicamente en el mundo. A estos apóstoles Jesús les dio “poderes” muy especiales. Narra san Lucas: “Reunió a los doce y les dio poder de expulsar toda clase de demonios y de curar enfermedades; los envió a anunciar el reino de Dios y a sanar enfermos” (Lc 9,1).

San Mateo refiere que les dijo: “Todo lo que ustedes aten en la tierra será atado en el cielo y lo que ustedes desaten en la tierra, será desatado en el cielo”. Los términos “atar y desatar”, en el léxico de los rabinos judíos, equivalía a “prohibir o permitir”. En la última cena sólo estaban los doce apóstoles, y sólo a ellos Jesús les ordenó: “Hagan esto en memoria mía”. Jesús hacía referencia a “consagrar el pan y el vino”. Después de la resurrección, se les apareció también sólo a los apóstoles y les dijo: “A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”. (Jn 20,23). El Evangelio hace constar que Jesús les explicó a los apóstoles: “Como el Padre me envió, así los envío Yo a ustedes”. Ellos serían sus “enviados” para continuar la obra de expansión del reino de Dios.

El libro de los Hechos de los Apóstoles muestra una Iglesia primitiva que siempre está presidida por los apóstoles, quienes enseñan, orientan, reprenden. Las cartas del Nuevo Testamento reflejan una Iglesia con una “jerarquía”, es decir, con unos pastores, unos jefes que mandan, que dan orientación, que reprenden.

Imponían las manos

Los apóstoles hicieron partícipes a otros del sacerdocio que ellos habían recibido de Jesús. Habían comprendido que no eran eternos, por eso comenzaron a hacer lo mismo que Jesús había hecho con ellos. El capítulo 14 del libro de los Hechos de los Apóstoles reporta el momento en que los apóstoles están designando “presbíteros” en varias Iglesias. Presbítero se llama al sacerdote. En la 1a. carta de san Pedro, capítulo quinto, se seleccionan algunos consejos de san Pedro a los presbíteros de las Iglesias. También se indica que Pablo impone las manos a Timoteo y lo nombra presbítero en Creta. Hay un texto muy valioso de san Ignacio de Antioquía. Este santo vivió con el apóstol Pedro y también con Pablo, es decir, bebió la doctrina de estos dos apóstoles; él escribió: “Todos deben obedecer al obispo como Cristo al Padre, y a los sacerdotes, como a los apóstoles”. Este es un texto importante para nosotros los católicos; nos asegura que estamos siguiendo la misma línea que dejaron los apóstoles y que san Ignacio de Antioquía recogió de ellos. San Pablo, al respecto, le aconseja a Timoteo en su primera carta: “No te precipites en imponer las manos a nadie; así no te harás partícipe de los pecados ajenos” (1Tm 5,22). Pablo está advirtiéndole que para ordenar presbíteros hay que tener mucho discernimiento.

El sacerdote es un hombre entre los hombres; un día sintió que el Señor lo llamaba a su servicio, entonces acudió a un Seminario para meditar si de veras el llamado era de Dios; también para que sus superiores, sus maestros lo observaran, y un día lo pudieran presentar al obispo para que fuera ordenado sacerdote.

En la Iglesia católica se continúa la tradición de los primeros cristianos: es un obispo, sucesor de los apóstoles, el que “impone las manos”, símbolo del poder al que va a ser ordenado de sacerdote; también le entrega un patena, un cáliz y los ornamentos sagrados, puntualizando que su misión será “presentar” ofrendas, pan y vino, en nombre de todo el pueblo. También le unge las manos porque van a servir a la comunidad, y le repite las mismas

palabras de Jesús a los apóstoles: "A quienes le perdones los pecados les quedarán perdonados y a quienes no les perdones los pecados, les quedarán sin perdonar". Se le entrega la Biblia porque es enviado a proclamar la buena Noticia. Así el candidato queda consagrado para servir a la comunidad como pastor, como maestro y como sacerdote.

Hombre entre los hombres

Por el año de 1946, comenzaron a salir una serie de películas en las cuales se quería presentar muy simpático al sacerdote; se le convertía en un deportista, en un cantor, hasta en un boxeador, que, en un dos por tres, con sus dotes naturales, se ganaba a los pueblos y a las gentes. Todo esto estaba muy lejos de la realidad. Más acertadas fueron las novelas, de Graham Green, "El poder y la gloria", y "Diario de un cura de aldea", de Bernanos. En ellas se retrató al sacerdote débil, a veces hasta caído; pero eso sí, "instrumento" por el cual Dios quiere llegar a la comunidad, a los fieles. Por eso es muy expresiva la frase de la carta a los Hebreos: "Un hombre entre los hombres". Eso es simplemente el sacerdote: Un hombre entre los hombres.

El verdadero sentido de su ministerio es ser un instrumento de Dios; por eso san Agustín decía: "Cuando el sacerdote bautiza, es Cristo quien bautiza por medio de él"; nosotros podríamos añadir: "Cuando el sacerdote celebra misa, es otro Jesús que vuelve a consagrar el pan y el vino para darlo a los fieles en alimento. Cuando el sacerdote confiesa, es Jesús que vuelve a levantar la mano para perdonar los pecados; cuando el sacerdote predica, es Jesús que quiere servirse de ese instrumento para hacer llegar su palabra viva a la comunidad". Por eso Jesús les dijo a los apóstoles: "Yo los envío como el Padre me envió". Los obispos y sacerdotes, sucesores de los apóstoles, son los encargados de propagar el reino de los cielos de manera especial.

No hay que pretender que el sacerdote sea un ángel. Es un hombre entre los hombres. Cada fiel diariamente debe pedir al Señor que envíe muchos obreros a su mies; hacen falta buenos y santos sacerdotes. Hay que pedirle al Señor que los preserve del mal; el sacerdote está expuesto a tantas tentaciones como cualquier persona. Hay que saber ser comprensivo con el sacerdote; más que pretender que sea un ángel, hay que ver en él un "instrumento" de Dios al cual hay que acudir con humildad. A través del sacerdote

Dios continúa haciendo hijos de Dios por medio del bautismo; sigue limpiando las conciencias en los confesionarios; continúa invitando a la cena del Señor; sigue cerrando los ojos de los moribundos. Por eso san Agustín decía: "Pedro bautiza, Cristo bautiza, Judas bautiza, Cristo bautiza".

Pescador de hombres

Uno de los apelativos que mejor le cuadra al sacerdote es el que le dio Jesús a los apóstoles cuando les dijo: "Yo a ustedes los haré pescadores de hombres". El sacerdote es un pescador de hombres, un colaborador de Jesús para meter el mayor número de personas dentro de esa red de la Iglesia para que puedan ser salvados.

Al sacerdote se le ha llamado también "otro Cristo"; no es porque sea un santo, sino porque esencialmente es un instrumento de Dios para continuar repitiendo lo que Jesús encargó a los apóstoles, y los apóstoles, a su vez, a los presbíteros. Diariamente hay que rezar al dueño de la mies para que envíe obreros a su campo de labores; ese fue el "mandato" de Jesús.

Conclusión: La Iglesia

La Iglesia es un sacramento

No es raro encontrarse hoy con personas muy amantes de la Biblia, muy religiosas en cierto sentido; pero que aseguran que ellas sólo creen en Jesús y que no “pertenecen” a ninguna Iglesia. Tal vez no han reflexionado con la debida atención en las palabras del Evangelio en las que Jesús le dice a Pedro: “Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra voy a construir mi Iglesia y ni siquiera el poder de la muerte podrá vencerla; te daré las llaves del reino de los cielos, lo que tú ates en el mundo quedará atado en el cielo y lo que desates en este mundo, también quedará desatado en el cielo” (Mt 16, 18-19). Jesús habla de “su Iglesia”; una persona que rechaza la Iglesia, está rechazando “la Iglesia de Jesús”. El Señor quiso dejarles a sus hijos la Iglesia para que dentro de ella encontraran un medio de salvación. Ese es el motivo por el que decimos que la Iglesia es “Sacramento de salvación”.

Cuerpo de Jesús

Iglesia, se asocia, muchas veces, con la idea de un edificio con campanario, en donde se reúnen las personas para asistir a la misa. La palabra griega "Ekklesia" significa asamblea de los que han sido convocados en nombre de Jesús.

San Pablo describió la Iglesia con una bella imagen: Un cuerpo en el que Jesús es la cabeza y nosotros los miembros; lo que llamamos cuerpo místico de Cristo (1Co 12,12-14).

El evangelio de san Lucas trae a colación otra imagen que pretende definir lo que es la Iglesia. Jesús está predicando; de pronto alguien llega y le dice: "Te buscan tu madre y tus hermanos". Jesús responde: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?; mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica". Aquí un bello retrato de lo que es la Iglesia: "Los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica".

Fundada por Jesús

Jesús es el único fundamento de la Iglesia; pero él se sirvió de instrumentos humanos para continuar su obra en el mundo, por eso le dijo a Pedro: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

Algunos dicen: "Yo pertenezco a Jesús; pero no pertenezco a ninguna Iglesia". Hay que reflexionar acerca de esto. En Pentecos-

tés, refiere el libro de los Hechos de los Apóstoles, se "agregaron" unas tres mil personas a la Iglesia (Hch 2,41). "Se agregaron", dice la Biblia; es decir, ya existía aquella pequeña Iglesia a la cual "se agregaron" estas otras personas. En el libro del Apocalipsis se conservan siete mensajes de san Juan a siete Iglesias. Ya existían estas siete Iglesias locales a las cuales se dirige el evangelista san Juan. Si se revisan las cartas de san Pablo, se encuentran los nombres de nueve Iglesias: La de Corinto, de Roma, de Colosa, de Efeso, y otras más. Existían estas Iglesias locales; a ellas se dirigían las cartas del apóstol Pablo.

Como un hospital

No es raro que se insista en señalar los defectos de la Iglesia para tener la excusa de eximirse de pertenecer a ella. La Iglesia está formada por hombres, y mientras haya hombres habrá defectos. Entre los mismos apóstoles había envidias y celos; una de sus conversaciones favoritas era hablar acerca de quién sería el que ocuparía el primer lugar en el reino de los cielos. Cuando vino el Espíritu Santo, en Pentecostés, quedaron muy purificados; pero permanecieron humanos y por eso entre ellos siempre existían defectos. El capítulo 15 del libro de los Hechos de los Apóstoles hace constar que los apóstoles se vieron precisados a reunirse en un concilio —el primer concilio de la Iglesia, en Jerusalén— porque entre ellos no había acuerdo acerca de determinadas doctrinas. Se reunieron en este concilio: oraron, buscaron discernimiento y llegaron a un acuerdo. Esta es la tradición de la Iglesia: Reunirse en concilio para repetir precisamente esa escena del libro de los Hechos de los Apóstoles, para encontrar discernimiento delante del Señor.

Alguien ha descrito la Iglesia como un hospital en donde todos adolecemos de alguna enfermedad; un hospital está para brindarnos la salud; el que permanece afuera del hospital, muy difícilmente se va a sanar.

Se cuenta la anécdota de un católico que deseaba que su amigo judío aceptara el cristianismo. Lo invitó a ir a Roma. Allí se encontraron con muchos malos ejemplos en esa oportunidad. El pobre cristiano quedó avergonzado; regresó sin decir palabra. El judío lo llamó y le dijo: "Mira, yo quiero bautizarme; he visto muchos defectos en Roma, y he meditado que si estos hombres no han

logrado destruir la Iglesia, es señal, de veras, que es la Iglesia de Dios; quiero bautizarme". Y tenía mucha razón.

Jesús dijo: "Las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16,18). Hay muchos defectos en nuestra Iglesia; necesita mucha purificación; pero es un hospital y mientras estemos adentro, buscando llevar salud a otros, también encontraremos salud para nosotros mismos.

Arca de salvación

Si alguien quiere viajar a Europa, puede ir en avión, puede irse en barco o, si prefiere, se va nadando a través del mar. Pero no se le garantiza que llegue. A la Iglesia nosotros la llamamos "sacramento de salvación" porque es como una nave, como un arca, que nos ha dejado el Señor, para que allí dentro, todos juntos, formando comunidad, nos salvemos durante la travesía de nuestra vida.

Los que afirman que creen en Jesús, pero no se someten a ninguna Iglesia, deberían pensar que Jesús ordenó: "Vayan a todas las gentes, bautícenlas". ¿Dónde van a encontrar quién los bautice, si no tienen una Iglesia? En el capítulo sexto de san Juan se recuerdan las palabras de Jesús: "Les aseguro que si ustedes no comen el cuerpo del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tendrán vida; el que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo lo resucitaré el último día". ¿A dónde irá a comer el cuerpo de Cristo el que no pertenece a una Iglesia en la que pueda participar en la cena del Señor, la santa Misa? El apóstol Santiago escribe: "Si alguno está enfermo, llame a los presbíteros de la Iglesia para que lo unjan con aceite y oren por el enfermo". ¿A qué presbíteros va a llamar el que no tiene Iglesia? El Evangelio de san Juan describe el momento en que Jesús se aparece a los apóstoles y les dice: "A quienes ustedes les perdonen los pecados, les quedarán perdonados, y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar". ¿Quién le va a perdonar sus pecados, en nombre de Dios y de la comunidad, al que no dispone de presbíteros ni de comunidad?

Por eso el autor de la carta a los Hebreos advierte: "No dejen de asistir a nuestras reuniones como algunos acostumbra (Hb 10,25). Aquí se llama la atención a los que comenzaban a separarse de la Iglesia.

Madre y maestra

Juan XXIII, en una de sus encíclicas, llamó a la Iglesia "madre y maestra". La madre es la encargada de ayudar a su hijo a crecer; le proporciona buen alimento; busca que tenga enseñanza. Eso intenta la Iglesia con los fieles. En el segundo capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles, encontramos un retrato cabal de la Iglesia en sus inicios; dice así: "Así pues los que hicieron caso de su mensaje, fueron bautizados, y, aquel día, se agregaron a los creyentes unas tres mil personas. Todos seguían firmes en lo que los apóstoles les enseñaban y compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el pan". (Hch 2,41-42). Un retrato auténtico de la Iglesia en sus inicios: Unos apóstoles enseñando; unos discípulos aprendiendo y compartiendo la cena del Señor. Ese es el papel de la Iglesia: enseñar, orientar, proporcionar alimento espiritual.

En el cuadro de la Iglesia primitiva que pinta el libro de los Hechos de los Apóstoles, se evidencia una jerarquía, los apóstoles. De las cartas de los apóstoles, se intuye que existe un "centro de mando"; ellos se dirigen a las varias Iglesias locales: mandan, ordenan, aconsejan, consuelan. Pedro estaba consciente del papel que Jesús le había encomendado, al confiarle las llaves del reino de los cielos. También le había explicitado: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Los evangelistas cuando enumeran la lista de los apóstoles, a Pedro lo colocan en el primer lugar. En la última cena, sólo a los apóstoles Jesús les dijo: "Hagan esto en memoria mía". En el capítulo 20 de san Juan, se expone que sólo a los apóstoles Jesús les dijo: "A quienes ustedes perdonen los pecados les serán perdonados, y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar". Siempre existió una "jerarquía" en la Iglesia que fundó Jesús.

El capítulo 20 de san Juan, recuerda el momento en que diez apóstoles estaban encerrados en una habitación. Se les aparece Jesús, y entonces tienen la experiencia de Jesús resucitado. En ese día el apóstol Tomás estaba fuera de la comunidad; andaba buscando la verdad por su cuenta; se quedó sin la experiencia de la resurrección. Sólo ocho días más tarde se le apareció Jesús. Muchos se parecen al apóstol Tomás; quieren ser salvados fuera del arca de la Iglesia, de ese "sacramento de salvación". Como Tomás, tiene que aprender que Jesús habla a su Iglesia reunida, a su cuerpo místico, en donde cada uno debe ser una "piedra viva", así lo dice san Pedro en su carta.

A la Iglesia hay que conocerla para poderla amar y para serle fiel, porque ella es el "sacramento" —algo sagrado— que Jesús fundó para que dentro de ella obtuviéramos la salvación.

Índice

Presentación	5	La misa ha terminado	38
El lenguaje de los símbolos	6	La mayoría dice: "No, gracias"	38
El hombre como lector de signos	6	Renovación del sacrificio de Jesús	39
El cristianismo se explica muy bien a sí mismo desde la simbología sacramental	7	Pasos graduales	40
La vida humana es sacramento	7	Nos envían	41
Cristo es el sacramento primordial de Dios	7	Hagan la prueba	42
La Iglesia es sacramento de Cristo	8	Reconciliación	43
Los siete sacramentos de la Iglesia	8	Un gran regalo	44
La actual renovación litúrgica	8	Sólo a ellos	45
El aporte del presente libro	9	Nerviosismo del examen	46
		Teléfono público	47
		Haga la prueba	47
		Como el buen ladrón	48
		La mano de Jesús	49
Introducción	11	Unción de los Enfermos	51
Siete manantiales	12	Dios nos manda la enfermedad	52
Signos para leer	13	Ministerio de sanación	53
Ritualismo	14	Medicina y médico	54
Dejarse tocar	15	La soledad	55
Los sacramentos son celebración	15	Matrimonio	57
Crear sin ver	16	Algo sagrado	58
Bautismo	17	Ministros del sacramento:	
Hundirse en Jesús	18	Los novios	59
Puerta de entrada	19	Una entrevista	59
Templos vivos	20	Secreto para la felicidad	60
Cumpleaños espiritual	21	Arena o roca	62
		¿Cristo en nuestros hogares?	62
Confirmación	23	Cabeza del hogar	63
Como en la Biblia	24	Retrato de mujer	64
Mayoría de edad	25	Los hijos	65
Signos carismáticos	25	Si el Señor no construye...	65
Caballero andante	26	Orden Sacerdotal	67
Eucaristía	29	Con autoridad y poder	68
Las dos pascuas	30	Imponían las manos	69
Como los primeros cristianos	31	Hombre entre los hombres	70
Un memorial	32	Pescador de hombres	71
Arde el corazón	33	Conclusión: La Iglesia	73
Un solo pan	34	La Iglesia es un sacramento	73
Vayan en paz	35	Cuerpo de Jesús	74
Una misa en la calle	35	Fundada por Jesús	74
Confesión	36	Como un hospital	74
Liturgia de la palabra	36	Arca de salvación	76
Ofertorio	37	Madre y maestra	77
Consagración y comunión	37		